

VOCES DEL AYER:

El legado de nuestros pasos por la UTPL



Loja - Ecuador

**VOCES DEL AYER:
EL LEGADO DE NUESTROS
PASOS POR LA UTPL**

**VOCES DEL AYER:
EL LEGADO DE NUESTROS
PASOS POR LA UTPL**

VARIOS AUTORES

Voces del ayer: el legado de nuestros pasos por la UTPL

Varios autores

Febrero 2026

Diseño de Portada: Andrés Castro

Diagramación: Gráficoplus

ISBN: 978-9907-0-0781-7

Este libro se imprimió en Editorial GRAFICPLUS

Rocafuerte entre Av. Orillas del Zamora y Mariana de Jesús

Tel.: (593) 07 2565564 - 0992168300

Impreso en Ecuador

Printed in Ecuador

ÍNDICE

Prólogo al legado de nuestros pasos como docentes utepelinos	7
Esperanza Novillo Bravo Dos historias con sabor anecdótico	11
Irma Valladares León ¡Ah, qué tiempos aquellos tan entrañables y memorables!.....	19
Vernon Valladares León Las tres anécdotas del capitán Valladares	31
Estuardo Figueroa Castillo El refugio de trazos y color que salvaron mi vida.....	37
Efrén Sarango Palacios El paquete de pruebas que se me olvidó en chone	53
Galo Guerrero-Jiménez El gordito, el barbón y las evaluaciones sustraídas.....	65
Carlos M. Vacacela M. Una historia no contada: mi paso por la UTPL	73

Prólogo al legado de nuestros pasos como docentes utepelinos

Galo Guerrero-Jiménez

Los años más gozosos, alegres y creativos de la vida profesional que en el campo de la educación, las personas dejan desde el fervor de su condición humana en la vida de una institución, son evidentes y de una profunda nostalgia cuando, de conformidad con las leyes de la vida, estas tienen que retirarse para descansar o emprender en otros proyectos proactivos para seguir disfrutando de la vida hasta el final de la existencia, tal es el caso de un grupo de profesores utepelinos que luego de haber laborado en las modalidades a distancia y presencial por más de 20, 25 y 30 años, han querido, hoy, en este año 2026, dejar plasmada la huella del compartir su vida académica, de docencia y de investigación cuando, año, vivieron institucionalmente el trajinar universitario entre el compañerismo de sus colegas, de sus autoridades y, en especial, desde el compartir pedagógico con sus alumnos, de los cuales aprendieron conjuntamente entre ese trinomio de complacencia: alumno-maestro e institución, a partir de lo cual se generaron, como es normal, infinidad de acontecimientos no solo en el ámbito de la enseñanza-aprendizaje-investigación, sino desde los aspectos colaterales que son los que le dan el condimento a la vida personal e institucional, tal como, ese historial del compartir humano que queda a lo largo del camino de la existencia vital a través de anécdotas, ocurrencias,

crónicas, simbolismos, humor, amores, sonrisas, bromas y quehaceres cotidianos que quedan marcados en la memoria humana de quienes los vivieron y que, hoy, quedan plasmados en la escritura de un libro denominado *Voces del ayer: el legado de nuestros pasos por la UTPL*.

Este texto fue escrito con la alegría y el fervor que dejan los años con la madurez, el equilibrio, la serenidad y el compartir sano de sus intervinientes que son evidentes en la propuesta escritorial que han elaborado este conjunto de exdocentes utepelinos que, con el candor de su estilo, quedan plasmados en el papel y en la tecnología digital de este libro histórico-literario-ensayístico-testimonial, como el logro fiel de seguir presentes en la sociedad, en la familia y desde la querencia a la institución que nos cobijó a este puñado de docentes que desde sus años juveniles, luego dorados y hoy maduros en grandeza de ideas y de un actuar axiológico, hermenéutico y fenomenológico que no ha desmayado, sino en el descanso y actuar mental de la escritura que desde su cognición más sentida, hemos querido ofrecer a la comunidad universitaria de esta respetable casa de estudios superiores, y a todos los lectores en general que quieran disfrutar de estas tiernas, dulces, nostálgicas y alegres pinceladas de escritura.

Pues, el nacimiento de un libro, de un texto, sea de la índole que sea, tal como el presente legado testimonial de nuestros pasos por esta querida casona universitaria, no pueden cristalizarse solo desde el nacimiento del texto en sí, escrito; sino, desde el ámbito lector de un actuante presente a lo largo del tiempo en que se genera el acontecimiento lector, que es el que, en cada caso de lectura, en cada persona que toma la decisión de aventurarse para abrir sus páginas y poder adentrarse en ese espacio de letras, de lenguaje que, desde su ángulo gramatical, lingüístico y desde la frescura de su accionar cultural, pue-

da empoderarse de este legado anecdótico que, desde el ángulo de su interés personal para acercarse a este texto, pueda leerlo con la mayor plenitud personal, al estilo de lo que señala en su “Carta del Santo Padre Francisco sobre el papel de la literatura en la formación” humana: “Al leer buena literatura me convierto en un millar de hombres y sigo siendo yo mismo. Como el cielo nocturno (...) veo con miles de ojos, pero sigo siendo yo quien ve. Entonces, como en la fe, en el amor, en acción moral y en conocimiento; me trasciendo a mí mismo, nunca realmente soy más yo que cuando lo hago” (2024) leyendo activamente desde el condimento psico-socio-emocional y espiritual de mi conducta humana.

Loja, enero de 2026

<https://galoguerrerojimenez.com/>

ESPERANZA NOVILLO BRAVO



DOS HISTORIAS CON SABOR ANECDOTARIO

Quiero dedicar unas breves palabras de sincero agradecimiento a mi dilecto amigo y compañero Efrén Sarango Palacios, ex docente utepelino, a quien estimo como persona afectuosa, caballero íntegro, y a quien admiro y respeto por su gran talento y dedicación al arte: la poesía, ámbito en el que ha demostrado su profundo ingenio (¿quién no ha leído sus coplas humorísticas, con un tinte satírico?), así como en el hermoso campo de la pintura, en cuyas creaciones imprime su caudal de originalidad, brillante creatividad y alto dominio técnico.

No debo dejar inadvertido mi sentimiento de gratitud hacia él por ser gestor y mentalizador de esta loable obra: un libro en el que se recoge una muestra de las memorias de nuestro maravilloso paso por la UTPL, y en el que han entregado su valioso y generoso aporte siete colegas y queridos amigos, hoy excompañeros. El mérito de este libro radica no solo en su contenido, sino también en su profundo y noble mensaje.

Recordar es volver a vivir

HISTORIA 1

Iniciaré esta micro reseña haciendo un breve recuento de cómo se dio mi ingreso en calidad de docente a la tan noble Universidad Técnica Particular de Loja, una institución de educación superior de reconocido prestigio a nivel nacional e internacional,

Transcurría el año 1985 y, para entonces, yo laboraba en el colegio particular *La Inmaculada* de esta ciudad como profesora del nivel medio. Cierta día recibí una llamada telefónica en mi domicilio de un distinguido y diletto amigo a quien guardo especial afecto, estimación y profundo respeto: el Dr. Luis Samaniego Delgado, quien en ese entonces era catedrático de la UTPL y había sido nombrado para ejercer la alta dignidad de Vicerrector. En aquella época, la universidad era regentada por los Hermanos Maristas, y su canciller, el Hno. Ticiano Cagigal García, lo había designado para viajar a España a realizar un posgrado en la Universidad Complutense de Madrid, en junio de ese año (1985). Para ello debía dejar encargas sus cátedras mientras duraran sus estudios.

Fue entonces cuando decidió llamarme para conversar y pedirme que considerara la posibilidad de reemplazarlo en la universidad. El Dr. “Luchito”, como todos lo llamábamos con afecto, luego de un breve diálogo y de explicarme la situación, me pidió que lo pensara y le diera una respuesta lo más pronto posible (en dos días).

Esta petición me tomó por sorpresa, y de inmediato comencé a pensar que quizá no estaba suficientemente preparada para asumir tan alta responsabilidad. De ser una docente con apenas ocho años de experiencia en educación de nivel medio, debía dar un salto enorme al acep-

tar la delicada responsabilidad de la docencia universitaria. Confieso que estuve tan preocupada que incluso estuve decidida a no aceptar tan alto honor y deferencia que el Dr. Luchito había tenido conmigo.

Ante tal dilema, opté por consultar a mi padre y pedirle su sabio consejo, pues él también era un reconocido catedrático de la Universidad Nacional de Loja, y quién mejor que él para orientarme. Al saber que yo estaba dispuesta a desistir, me dijo: “Creo que no es correcto que te niegues a aceptar este importante encargo. En primer lugar, eres una profesional en Ciencias de la Educación: talentosa, responsable y con experiencia; y, en segundo lugar, y, sobre todo, eres capaz. No puedes defraudar al Dr. Samaniego, quien ha confiado en tu preparación y tus capacidades”.

Esas palabras fueron suficientes para decidirme y aceptar el especial pedido del Dr. Luchito. Al día siguiente, lunes, me llamó para saber qué había decidido y, luego de agradecerle profundamente su deferencia, le confirmé que aceptaba reemplazarlo. Me pidió que fuese al medio día a entrevistarnos en su oficina en la UTPL, para ponernos de acuerdo y entregarme toda la información pertinente. Así fue como asumí sus dos cátedras en el sistema presencial de la Escuela de Idiomas: Fonética y fonología españolas e Historia del español, para los estudiantes del tercer año de la Licenciatura en Inglés.

Fueron dos semestres en los que impartí estas asignaturas. Luego, una vez que el Dr. Luis Samaniego retornó de España tras concluir sus estudios, pensé que allí finalizaría mi aporte; pero no fue así. Con su nobleza de espíritu y como una forma de agradecerme, habló con el Hno. Ángel Pastrana Corral, director de la Modalidad de Estudios a Distancia de la UTPL, para recomendarme con él y que me quedara colaborando en calidad de docente de la Modalidad Abierta. El hermano Ángel aceptó

la petición y, sin necesidad de presentarme a un concurso de méritos, empecé a laborar de inmediato como catedrática en la Facultad de Lengua y Literatura de tan querida y prestigiosa universidad. Al inicio trabajé como docente a medio tiempo (en las tardes), pues en las mañanas lo hacía en *La Inmaculada*, ya con nombramiento fiscal. Pero luego de ocho años como educadora de nivel medio, renuncié a mi cargo en *La Inmaculada* para trabajar en la universidad a tiempo completo.

Fueron 30 años de entrega a una labor fructífera y fecunda, recorriendo los caminos de mi patria: Costa, Sierra, Amazonía y la región Insular, llegando a los lugares más apartados donde solo llegaba la Modalidad Abierta y a Distancia con su luz esperanzadora, profesionalizando a personas adultas que, por diversas razones, no habían podido cumplir el sueño de obtener un título universitario en el sistema presencial.

Toda una vida de maravillosas experiencias, enriqueciéndonos con el conocimiento de diversas realidades de nuestros alumnos. ¡Cuántos bellos recuerdos del compartir con nuestros compañeros de viaje, que más que simples colegas eran amigos entrañables! Con ellos tuve el privilegio de vivir experiencias hermosas, pero también muchas vicisitudes, situaciones de riesgo e incluso de peligro. Inolvidables anécdotas de nuestra noble labor de peregrinos del saber, en nuestras travesías por aire, mar y tierra, cumpliendo con solvencia, austeridad y ética profesional nuestra misión, dejando la indeleble huella de la UTPL en su Modalidad Abierta y a Distancia

HISTORIA 2

Son tantos y tantos hermosos recuerdos que cobran vigencia en mi memoria, vividos a lo largo de más de 25 años en la Universidad Técnica Particular de Loja, que

después de este preámbulo voy a referirme aquí a una de esas anécdotas que guardo con vívida añoranza:

Recuerdo uno de los viajes en los que debía evaluar a nuestros estudiantes en el Centro Asociado de Santa Rosa, en compañía de una de mis queridas compañeras y hermosa amiga, la Dra. Alicita Costa Aguirre (septiembre de 1990). Llegamos el viernes y debíamos evaluar dos días, sábado y domingo; sin embargo, los pobladores habían declarado un paro cantonal indefinido para reclamar a las autoridades del cantón las obras de alcantarillado, una necesidad vital postergada por mucho tiempo. Era una medida de hecho radical, de tal manera que habían cerrado y bloqueado la entrada y salida de las vías.

Cuando concluimos nuestro trabajo, después del mediodía del domingo, y nos disponíamos a viajar de regreso en la Cooperativa de Transportes Loja, ya no pudimos hacerlo, pues estábamos prácticamente “secuestradas”, ya que ninguna empresa estaba viajando por temor a las represalias de los activistas del paro. Estábamos realmente preocupadas por ver de qué manera podríamos llegar a la carretera que viene de la Costa hacia Loja para tomar, a la vera del camino, un transporte que nos trajera a la ciudad; y, al mismo tiempo, asustadas, porque no había salida alguna.

Entonces se nos ocurrió hablar con los dueños de la farmacia que quedaba en la planta baja del hotel donde nos alojamos, para que nos ayudaran a solucionar el problema; pues, no queríamos quedarnos un día más. Los señores, muy gentiles y comedidos, hablaron con un vecino dueño de un taxi, pero él se negó diciendo que por nada del mundo se arriesgaría. Luego pidieron el favor a un señor dueño de una camioneta para que nos sacara del pueblo hasta la carretera por algún camino clandestino, pero tampoco quiso. Cuando ya habíamos perdido la fe,

pasó por la farmacia un jovencito en motocicleta; entonces lo llamaron —porque en un pueblo pequeño todos se conocen— y le pidieron de favor que nos ayudara sacándonos hasta la vía a Loja. El muchacho aceptó, aunque con mucho recelo, y dijo: “Suban, coloquen sus equipajes en la parrilla y asegúrense bien”. Y partimos.

¡Dios mío! Cuando estábamos en marcha, Alicita le preguntó: “¿Y por dónde nos llevará usted?”. El joven, parco pero educado, respondió: “Por el curso de un río seco; es el único camino por donde no las detendrán los del paro, porque no lo conocen”. Nosotras, a una sola voz, contestamos: “¡¡¡Nooo señor, eso es terrible!!!”. Ante esto, el joven se detuvo y nos preguntó: “Bueno, ¿quieren o no que las lleve? Ya van a ser las cinco de la tarde”. Yo le pregunté cuánto tiempo duraría la travesía, y nos respondió que unos 35 minutos. Como no teníamos otra alternativa, aceptamos.

El viaje fue terrible: un camino lleno de piedras, ramas y baches. Tenía que ir lento para que las piedras no nos lastimaran mucho los pies y los tobillos; sentíamos el impacto del rebote de las llantas en nuestra cabeza. Hubo un momento en que yo sentía que mis piernas se acalambaban porque iba detrás de Alicita, sujeta de su cintura, y ella, a su vez, sujeta de la cintura del joven.

Al fin, a las cinco y media de la tarde salimos de ese laberinto tan accidentado y vimos, cerquita, la carretera. El joven dijo: “Aquí las dejo; por aquí ya mismo pasa la Cooperativa Loja que viene de Machala o la que viene de Guayaquil”. Muy agradecidas, le preguntamos cuánto debíamos pagarle, pero el joven fue tan noble y generoso que, al vernos tan maltrechas y adoloridas, no quiso cobrarnos nada.

Nos sentamos en el bordillo de la carretera para tratar de descansar hasta poder abordar la cooperativa. A las

siete de la noche pasó la Loja que venía de Guayaquil, pero a pesar de nuestras señales, no se detuvo. Dos personas que también estaban allí nos dijeron que así era, porque venían llenas y sin asientos disponibles. ¡No se imaginan cómo nos sentíamos! Además de adoloridas, el frío de la noche nos entumecía.

Por fin, luego de más de dos horas de espera, pasó la cooperativa Loja que venía de Machala. Al vernos a la vera del camino, se detuvo y preguntó cuántas personas íbamos, pues solo tenía un puesto disponible. Los señores que estaban con nosotras, con un gesto muy bondadoso, dijeron que ellos podían quedarse para que nos llevaran a las dos. Abordamos el bus que nos trajo de regreso luego de tan tremenda odisea. Como solo había un asiento libre, allí nos acomodamos como pudimos. Un señor se levantó y nos cedió su asiento, viajando él de pie el resto del camino. Nosotras comentamos: “Todavía hay gente comedida y educada”. Nos habíamos quedado dormidas y despertamos ya en la terminal. Al fin llegamos; nos alegramos mucho y nos abrazamos fuertemente Alicita y yo. Solo queríamos llegar a casa, darnos un buen baño, tomarnos un café caliente y descansar.

Al día siguiente, lunes, asistimos a la universidad solo para dejar nuestro material de trabajo, porque después de las salidas a evaluar teníamos un día libre; y en nuestro caso nos vino de maravilla para recuperarnos.

El martes, ya en mi oficina, comenté con mis compañeros el incidente; ya más tranquila, les mostré mis pies y tobillos muy hinchados y llenos de moretones, con una que otra herida leve. Lo tomé más bien con sentido de humor, y fue entonces cuando les dije: “Por primera vez y a mi edad hice, sin querer, una travesía de motocross”. Y todos terminamos soltando una carcajada

IRMA VALLADARES LEÓN



¡Ah, qué tiempos aquellos tan entrañables y memorables!

Finalizaba el año 1983 cuando en un diario de la ciudad se convocaba a un concurso de merecimientos y oposición por parte de la Universidad Técnica Particular de Loja (UTPL). Con temor, pero con esperanza, acudimos muchos aspirantes a presentar nuestra carpeta y a preguntar cuándo serían los exámenes escrito y oral. Fuimos informados.

El día del examen escrito nos presentamos aproximadamente veinte personas para ocupar las tres vacantes en el Departamento de Psicología (no es fácil recordar el número exacto después de tantos años). Para aquel entonces, me encontraba trabajando como orientadora vocacional en el Colegio de Señoritas Machala, en la misma ciudad. Nuestros evaluadores fueron Ruth Marlene Aguilar F. y Luis Guillermo Merecí G.

Al día siguiente y, sin conocer aún los resultados de la prueba escrita, hicimos fila para rendir la prueba oral; para ese momento, únicamente nos presentamos la mitad. Uno a uno entrábamos ante un jurado que, una vez terminadas las preguntas, emitía una calificación con destino a la Dirección, cuyo liderazgo estaba representado por el Hno. Ángel Pastrana Corral, responsable y conductor de la Modalidad Abierta y a Distancia.

Una vez rendidos los exámenes, debíamos acudir a una entrevista con el decano de la Facultad de Ciencias de la Educación, que en aquel entonces era el licenciado Rómulo Cruz C. Grande fue mi sorpresa cuando, luego de tres días, me comunicaron que debía empezar a trabajar desde el lunes siguiente. ¡No lo podía creer!

Las primeras semanas fueron de reencuentro con algunos compañeros de la Escuela de Psicología que trabajaban en la UTPL, pero también de mucho aprendizaje. En ese entonces debíamos instruirnos sobre cómo planificar y elaborar programaciones, guías didácticas y cuestionarios de evaluación; cómo realizar las asesorías de sistema y de fin de carrera docente; conocer los parámetros para corregir programaciones y aprender a llevar las calificaciones en carpetas, entre otras tareas. Una vez instruidos, pasamos a la ejecución de lo aprendido.

El trabajo era fuerte pero enriquecedor, porque para programar debíamos leer libros que, además del texto básico, nos permitían incrementar nuestros conocimientos para orientar mejor el aprendizaje de los alumnos. Las guías constituían la presencia del maestro a distancia: los cuestionarios de evaluación debían contener preguntas claras y no ambiguas, de conformidad con los objetivos perseguidos y la finalidad de la carrera.

Para todo esto, nos asignaban un número determinado de alumnos de diferentes centros asociados para corregir

y orientar sus trabajos, lo cual debíamos hacer a mano, al igual que el registro en las carpetas de calificaciones. Las programaciones llegaban a la secretaría de cada centro y nos eran entregadas por la secretaria respectiva; una vez corregidas, el proceso era a la inversa.

Aparentemente se podría creer que era rutinario; sin embargo, la lectura de cada programación nos permitía tener la satisfacción de comprobar si nuestras orientaciones habían sido claras o saber dónde podíamos mejorar. Era agradable leer excelentes trabajos con aportes propios, creativos y con investigación adicional donde siempre salíamos aprendiendo. Por otro lado, era un reto examinar otros trabajos deficientes, con muchas faltas ortográficas y pésima redacción que casi no decían nada. Recuerdo que una vez una alumna escribió tan solo dos hojas: la una de alabanza personal, donde decía ser un genio, y la otra casi nada relacionada con el tema, donde denotaba ser un fracaso total. No la dejamos sola; recibió cartas con muchas explicaciones y, finalmente, mejoró.

Cuando llegaba la época de viajar para tomar los exámenes, y luego de informarnos a dónde debíamos ir y con qué grupo, nos poníamos en contacto para organizarnos. “Durante la evaluación, todos ustedes deberán estar bien presentados, con mística de trabajo y con la altísima responsabilidad y ética profesional que implica ser maestro de la UTPL”, nos decía el hermano Ángel, entre otras cosas.

Debo resaltar que recibimos varios cursos de capacitación, pero el de “Creatividad” representó para mí un antes y un después en mi vida profesional. Allí aprendimos a tener un pensamiento divergente, a buscar alternativas de solución a los problemas, a reflexionar, analizar y sintetizar; a escribir un artículo periodístico, a imaginar y a leer un libro desde varias perspectivas (la personal,

educativa, familiar, social, científica, política e, incluso, a intuir la personalidad del autor). Pero no solo aprendimos la teoría, sino que lo hicimos en la práctica.

Aproximadamente en el año 1989, fuimos informados por el licenciado Jaime Bustamante, decano de la Facultad de Ciencias de la Educación de aquel entonces, quien había gestionado, a través de uno de los Ministerios del Ecuador, un viaje casi gratuito a las Islas Galápagos. Únicamente podía acceder un número determinado de profesores, por lo cual se realizó un sorteo.

El viaje estaba programado para el mes de agosto. Fuimos en carro hasta Guayaquil y, muy temprano, un día de aquel mes, ingresamos al barco de guerra denominado “Hualcopo”. Era viejo; las gradas para llegar a los dormitorios eran muy empinadas, semejantes a una escalera de mano. Las camas eran literas de tres pisos, estrechas e incómodas. Pero el barco era grande; en él no solo trasladaban adoquines para las calles de Puerto Baquerizo, sino también víveres y hasta un vehículo. Tenía una cancha de vóley y hasta un proscenio.

Fuimos llamados a proa. “¿Dónde queda proa?”, nos preguntábamos. Después de ser informados, asistimos. Allí se presentó el capitán Dávila, quien, luego de darnos la bienvenida a nosotros y a algunos profesores de la Universidad de Babahoyo, nos explicó las reglas:

1. Cuáles son las partes del barco.
2. Que el capitán es la máxima autoridad.
3. Que el viaje duraría tres días.
4. Que, en caso de emergencia, no debíamos saltar al agua. “El barco es el mejor refugio hasta el final”, dijo.

5. No desperdiciar el agua dulce; por ello, solo debíamos bañarnos durante 7 minutos.
6. El horario de comidas y la forma de recibirlas (en fila).
7. Que en “la cantina” podríamos comprar galletas. “¿Cantina de galletas?”, dijo un compañero algo triste.

Al día siguiente ocurrió el mareo general; todos pálidos, no queríamos probar bocado. Luego, poco a poco, nos fuimos adaptando al movimiento del barco y nos reuníamos para conversar. De pronto, a alguien se le ocurrió organizar un triangular de vóley entre profesores de la UTPL, profesores de Babahoyo y la tripulación del barco. La idea se hizo realidad y, con madrina y todo, se realizó el campeonato.

Durante las dos noches, quienes tenían talento nos deleitaban con sus cantos. Así, mientras los lojanos entonaban hermosos pasillos y los riosenses música alegre y bulliciosa, la tripulación entonaba música de “rockola”.

Por fin, tras días de ver solo agua en el océano, llegó el momento en que divisamos la Isla San Cristóbal. Poco a poco el barco se fue acercando, acompañado ahora por delfines junto a la proa. Llegamos a Puerto Baquerizo Moreno, su capital.

Recorriendo esta isla pudimos contemplar el cráter de un volcán convertido en laguna (un camino lleno de plantas de guayaba nos condujo hasta allí). Visitamos varias islas: San Cristóbal, Baltra, Santa Cruz, San Salvador y Seymour. En cada una practicamos diferentes formas de desembarque: desde el más cómodo, el de “la reina”, hasta bajar por escalera de soga para caer en una lancha, o el desembarque “mojado” en el que nos dejaban directamente en el agua.

Después de varios días de anécdotas, algunos decidimos regresar por avión; pedimos permiso al capitán y así lo hicimos. Regresamos con el ánimo dispuesto al trabajo y a seguir viajando para las evaluaciones, donde también vivimos numerosas anécdotas. Ahora mismo vienen a mi memoria dos de ellas:

Tras haber evaluado en Tulcán, sentíamos mucho frío; el termómetro marcaba tres grados centígrados. Entonces, decidimos ir a la feria libre a comprar bufandas, suéteres o cualquier prenda de abrigo. Recorriamos una calle en cuyas veredas vendían muchas prendas de lana, hasta que nos detuvimos en el puesto de una joven mujer que cargaba en su espalda a un tierno niño de aproximadamente tres meses.

—¿Cuánto vale este suéter? —preguntó una compañera. —Tantos sucres —respondió la vendedora.

Los demás estábamos buscando prendas de nuestro interés cuando Germán González le preguntó a la vendedora: —Y el cholito que cargas, ¿es varón o mujer? —Es varón —contestó la joven madre. —¿Y ya lo bautizaste? —No. —¿Y qué nombre le vas a poner? —preguntó Germán. —Aún no sé —contestó ella algo preocupada. A lo que nuestro amigo respondió: —¡Ponle Germán González!

En otro viaje, habíamos terminado el proceso de evaluación y debíamos recorrer la ruta Cuenca-Loja. Sin embargo, debido a un gran derrumbe en la carretera, decidimos ir a Machala para esperar en “la Y” al bus de la Cooperativa Loja que venía de Guayaquil.

Llegamos a Machala a las siete de la noche, compramos plátanos maduros con queso e inmediatamente tomamos dos taxis para ir a “la Y”. Ya pueden imaginar, queridos amigos, cómo nos picaban los mosquitos al en-

contrarnos junto a una bananera en la noche; parece que hasta tragamos algunos. En fin, después de esperar casi una hora, llegó el bus y nos llevó. Parecía que todo estaba en orden; algunos dormían y otros se reían al vernos a todos rascándonos.

El carro rodaba ya cerca del puente del río Pindo cuando se detuvo para recoger a un pasajero. Este le relató al chofer que, hacía pocos minutos, unos bandidos lo habían asaltado, quitándole el dinero para el balanceado de sus pollos y robándole el carro. Ante esta situación, el chofer creyó conveniente comunicar a los pasajeros el riesgo de un posible asalto.

El ayudante se presentó diciendo con voz nerviosa: “Señores pasajeros, tenemos un problema; es posible que nos asalte un grupo de ladrones que van delante de nosotros en un carro robado. En ese caso, cuando yo les grite ‘¡abajo!’, todos deberán acostarse en el pasillo central o encogerse”.

En ese momento, algunos pasajeros gritaron nerviosos, unas mujeres se arrojaron al piso y dos hombres vociferaban palabras fuertes. Un extranjero estaba sentado a mi lado; al parecer no entendía español porque iba consultando en el diccionario palabra por palabra de un pequeño escrito. Al oír el alboroto, me preguntó: “¿No problem?, ¿No problem?”, más otras palabras en inglés que no entendí. Entonces yo, en un “perfecto” español, le respondí: “¡Sí problem, sí problem, todos debemos acostarnos; es un asalto!”. Creo que el extranjero tampoco me entendió.

Para el año 1990, durante las fiestas universitarias, el grupo de deportistas de Ciencias de la Educación participó en las competencias interfacultades, ganando el primer lugar en vóley.



(Descripción de fotos) **De pie (de izquierda a derecha):** Profesores Jorge Boas, Vernon Valladares, Kléver Matamoros, Karina Moncayo, Luis Rodríguez, Tito Javier Chamba, Carlos Cabrera, Miguel Valdivieso y Hugo Cruz. **En cuclillas (de izquierda a derecha):** Rigoberto Sotomayor, Luz Trelles, Beatriz Placencia, Esperanza Herrera, Alicia Costa, Cecilia Aldeán, Vicente Merino y José Sánchez.



(Pieza de cerámica elaborada en la UTPL. Obsequio a la madrina).

Como ya se dijo, el trabajo era riguroso, pero la convivencia diaria de cinco profesores en una misma oficina, con un teléfono fijo para atender las asesorías de los alumnos, se matizaba con momentos muy agradables: conversaciones, visitas al bar y reuniones al salir del trabajo.

Hoy mismo rememoro aquel día en que llegó a nuestras manos un billete de veinte sucres al que le faltaba un tercio; había sido completado con papel de las fundas de azúcar (esos billetes eran algo cafés y el papel era muy parecido). Uno de nuestros compañeros dobló el billete y le colocó un hilo de nailon muy fino que no se notaba. Lo dejó en el pasillo y, cuando algún compañero creía tener buena suerte y se agachaba para recogerlo, nuestro amigo lo halaba hacia su escritorio. Un día, un profesor de otra oficina pensó ser más listo y apoderarse del billete; se escondió cerca de la puerta y, antes de que lo halaran, lo pisó con fuerza. “¡Ahora sí, ríanse! —dijo— ¡el billete es mío!”. Ya podrán imaginarse cómo se sintió cuando comprobó que su tesoro no valía nada.

Regresando a nuestra historia, durante todos esos años tuvimos la oportunidad de participar activamente en comisiones o como directores en varios seminarios de Fin de Carrera Docente. Allí, además de reuniones y debates, debíamos asesorar a quienes terminaban su carrera, supervisar sus prácticas y el material a utilizar, y estar presentes en las prácticas presenciales con alumnos.

Con el pasar del tiempo, algunos compañeros y yo pasamos a trabajar en el Departamento de Planificación (Octógono), donde participábamos profesores tanto de la modalidad abierta como de la modalidad presencial, bajo la dirección del doctor Luis Varela. En dicho departamento vivimos experiencias como la planificación de la Maestría en Educación a Distancia y la evaluación de

la UTPL en sus dos modalidades. Bajo la dirección de un tutor extranjero, adaptamos el diseño curricular del gobierno a la realidad del Colegio Daniel Álvarez Burneo. También fuimos facilitadores junto al doctor Gerardo Inga, Luis Varela y Carmita Jara en cursos de evaluación, lo que dio como resultado la elaboración de bancos de preguntas para cada asignatura.

Corría el año 1997 cuando la Comunidad de los Misioneros Identes se hizo cargo de la universidad y, con ellos, vinieron muchos cambios. El padre Luis Miguel Romero, rector de la UTPL, nos hablaba de “fidelidad a la Visión y Misión”, “espíritu de equipo”, “romper esquemas de burocracia” y “desarrollar proyectos de tutorías”. El profesor ya no podía ser solo profesor; debía ser investigador, flexible y con capacidad de liderazgo. Con estas políticas renovamos nuestras actividades.

En el año 2003, por razones personales, debí renunciar para acogerme a la jubilación. Los veinte años transcurridos significaron experiencias inolvidables; una etapa donde disfrutamos de la amistad, el trabajo y los viajes que hoy nos sostienen. Los buenos amigos no se olvidan.

¡Cómo no recordar a mis grandes compañeros Carlos Correa G., Carlos Cabrera, Gerardo Inga, Pepe Ochoa, Guillermo Merecí y Sonia Cocíos, con quienes compartí oficina! ¡Cómo olvidar aquel viaje al frío intenso de San Gabriel donde, con Azucena García, tiritábamos sin poder dormir! O cuando se dañó el carro en El Tambo y tuvimos que regresar en un bus urbano viejo por el que se filtraba el agua de lluvia. Y, qué decir de mis grandes amigas: Esther Cevallos, Rebeca Figueroa, Esperanza Novillo, Fanny Lozano y tantas más, a quienes pido disculpas por no mencionar.

Amigos y amigas, hoy que tengo la oportunidad de expresar esto por escrito, quiero decirles que, a pesar de

no verlos seguido, los recuerdo con el cariño de siempre. Añoro su presencia, el “amigo secreto” en Navidad y las mojadas del Carnaval. Ahora que soy adulta mayor, es cuando con más brillantez vienen esos recuerdos que mantendré en mi mente y corazón para siempre.

Finalmente, debo resaltar la organización, la calidad académica y los atributos humanos de los directivos y del personal de la UTPL. Los valores institucionales nos permitieron ser partícipes de su desarrollo; una institución que hoy es merecedora de gran prestigio nacional e internacional. Las grandes instituciones prevalecen, y nuestros recuerdos también.

VERNON VALLADARES LEÓN



LAS TRES ANÉCDOTAS DEL CAPITÁN VALLADARES

ANÉCDOTA 1

En nuestro trabajo cotidiano en la UTPL (Modalidad Abierta) era frecuente ver, en los corredores principales de cada piso, las estafetas donde se exponía el cuadro de salida de los docentes, ya fuera para la Asesoría de Sistema, para evaluar o para la Asesoría de Fin de Carrera. Nos importaba saber el lugar y los compañeros de viaje; al fin y al cabo, todos terminábamos haciéndonos grandes amigos.

En una ocasión nos tocó viajar a Ambato, provincia de Tungurahua. Como coordinador iba Kléver Matamoras; como secretario, Vernon Valladares. El lugar de evaluación era el Colegio Bolívar de Guachipata y el motivo: evaluar e incorporar a un alumno que había terminado su carrera. El salón estaba casi lleno; empezó el acto de in-

corporación con un saludo de bienvenida. En la primera fila vimos una aglomeración de indígenas de la comunidad Salasaca; ellos no estaban sentados y nos pedían esperar un “ratito”. Pronto nos dimos cuenta de que quien se iba a incorporar estaba completamente borracho; lo sostenían para que no se cayera. Pasaron cuarenta minutos hasta que tomamos la decisión de no incorporarlo, con el fin de salvaguardar el prestigio de nuestra universidad. Nos querían tomar fotos sosteniendo al ebrio, pero nos negamos. Acto seguido, nos comunicaron que las puertas de salida del salón estaban con candado; obligatoriamente nos tocó incorporarlo.

Algo chistoso fue que, a pesar de que nos habían invitado a la cena antes de iniciar el acto, cuando salimos casi todos tenían cara de pocos amigos y no nos volvieron a invitar. Al regresar a Loja, informamos de este particular y... ¡misión cumplida!

ANÉCDOTA 2

Ahora les comparto una anécdota en la UAL, corta y concreta, digna de Ripley.

Nos tocaba evaluar en Esmeraldas y Quito. Apenas llegamos a la capital de la provincia verde, un viernes por la tarde, el señor coordinador de ese entonces nos invitó a servirnos un cebichito de concha en uno de los tantos restaurantes del sector de La Palma. Todo iba bien, pero al llegar la noche, alrededor de las 23h00, comencé a vomitar.

Mi compañero de viaje, Geovanny Castillo, se ofreció ir a la botica a comprar alguna pastillita con el fin de curarme, pero no fue así; al poco tiempo volví a vomitar. Geovanny, sin ánimo de alterarme, me comentó que podía ser cólera, que en ese entonces estaba en epidemia

en la zona, y que me llevaría al hospital. Realmente me preocupé y fuimos de inmediato. Al llegar, otra vomitada más.

El médico tratante me tuvo en observación por una hora; me dieron una nueva pastilla y me inyectaron no sé qué. Volví a vomitar, pero con otra inyección fue cediendo y, finalmente, regresé al hotel ya de madrugada.

Al día siguiente no podía incorporarme. Aun así, me vestí para cumplir con mi deber, pero al llegar al colegio donde se evaluaba, notaron mi estado y Geovanny tomó la decisión de buscar un aula grande para que yo pudiera evaluar sentado. Geovanny, un gran compañero y amigo, a quien agradezco nuevamente por su preocupación y gentileza.

Luego, el coordinador me llevó al hotel para guardar reposo y continuar con el medicamento indicado por el médico, con el fin de recuperarme y poder viajar a Quito para evaluar. En la carretera había ocurrido un choque entre dos tráileres; estaban cruzados en la vía, así que tuvimos que caminar para hacer transbordo. Al fin pudimos llegar, ya amaneciendo, a Quito.

Llegué al centro de evaluación y nuestra directora también se encontraba allí, preocupada por mi situación. Se acercó y le dije que ya estaba mejor. Apenas terminé de evaluar, lo único que quería era llegar a Loja, a mi hogar, para recuperarme bien.

Cambio y fuera.

ANÉCDOTA TRES

La anécdota que les voy a narrar no es ningún invento; es pura realidad. Yo diría que es pura acción, digna de una película policiaca.

En esa ocasión, nos tocó viajar a la ciudad de Guayaquil. A las 19h00 estaba previsto el acto de incorporación de un grupo de nuevos profesionales en las distintas carreras docentes que ofrecía nuestra querida Universidad (UAL). Al finalizar dicho acto, una de las graduadas nos invitó a una cena en su domicilio. Al llegar, nos enteramos de que su esposo era general del alto mando policial de esta bella ciudad.

Nos invitó a una pequeña sala y, después de varios minutos, con un control remoto abrió toda una pared: al fondo apareció una elegante piscina iluminada. Todo estaba servido; los chefs, meseros y edecanes se esmeraban por dejar cada detalle a punto. Hubo muchos invitados y una comida exquisita en una mansión de esas que alguna vez soñamos en un cuento de hadas. Como era de esperarse, después de la cena vino el gran baile con orquesta.

Pronto llegó la hora de retirarnos al hotel donde estábamos hospedados. Nuevamente, el general de policía tuvo la gentileza de invitarnos para el día siguiente, a las tres de la tarde, para ver en pantalla gigante el partido Ecuador vs. Chile, un encuentro clave para clasificar nuevamente al mundial. Las cervezas, cebiches, picadillos, sándwiches, gaseosas y el whisky no se hicieron esperar.

En el mejor momento, cuando nos encontrábamos cerca de las 19h00, recordamos que ya debíamos haber abordado el bus para regresar a nuestra ciudad de Loja (en ese entonces no había vuelos Guayaquil-Catamayo). El general nos decía que no nos preocupáramos, que todo estaba “fríamente calculado”. Dos patrulleros con malla de seguridad nos esperaban para llevarnos primero al hotel y luego a la terminal, todo con sirenas y luces de emergencia.

Mientras sacábamos las maletas, la dueña del hotel, con cierto recelo, nos preguntaba por qué nos llevaban presos: “¿Acaso son ‘choros’ o traficantes?”. A lo que le

respondí: “Somos profesores de la UTPL, no se preocupe; el patrullero nos hace el favor de llevarnos a la terminal terrestre”.

Así, subimos nuevamente al patrullero. El chofer llamaba por radio a los policías de la terminal para que detuvieran el bus de la Cooperativa Loja. Al llegar, el conductor del bus, aturdido y preocupado por su detención, nos preguntó apenas nos vio: “¿Acaso son ustedes altos jefes policiales? ¿Por qué fuimos detenidos? ¿Por qué vienen en patrullero y no en taxi?”.

Le respondí: “Soy el capitán Valladares y lo único que quiero es dormir”. Les juro que nunca en mi vida había vivido una escena así, y dudo que vuelva a vivirla.

LA UAL (UNIVERSIDAD ABIERTA DE LOJA)

Gualaquiza, 24 de junio de 1990

Cuando se viaja por la UAL
sus maestros recorren el país
buscando a sus alumnos
para conseguir una ruptura
entre la ignorancia y la cultura.

Hacer de la ciencia una pasión
y así llegar a una concertación
del Ecuador, Latinoamérica y el mundo
hacer de la educación un triunfo furibundo.

Al salir y regresar a Loja
nuestro espíritu se expande
pues nos viene a la mente
nuestra familia y patria
como ninguna cariñosa y grande.

Pasamos pueblos, cañadas y cascadas
gente y sembríos con caras de desolación;
el pueblo ecuatoriano en carrera deshumanizada
esperando de los falsos políticos una pronta solución

Nos queda una enorme satisfacción del deber cumplido,
hemos hecho de este viaje cultura, aventura y ruido,
somos gente de paso en evolución
cantando una canción de corazón a corazón

EL MAR Y YO

Cada vez que vengo a la playa
reminiscencias de mi evolucionar,
hace que venga y vaya
para observar la vida animal

Una canoa que sube y baja y,
después de tanto lidiar,
al fin llega un pescador a ofrecer al paladar
mariscos, camarón y conchas de mar
para hacer de nuestras vidas una unidad social.

Un piquero patas azules y su forma de amar
me recuerda que es hora de regresar,
para estar al lado de mi hogar
y hacer de nuestras vidas todo un cantar.

Yo con mi guitarra y mi trinar,
el sonar de las olas me ponen a solfear
un latinoamericano más con mi cantar.

ESTUARDO FIGUEROA CASTILLO



EL REFUGIO DE TRAZOS Y COLOR QUE SALVARON MI VIDA



El canciller de la UTPL, Hno. Ticiano Cagigal García, con el personal de Bellas Artes

Yo venía de un autoexilio en la capital, una suerte de destierro voluntario donde la soledad era mi único maestro, y allí, entre las noches frías y el murmullo de los días, había garabateado algunos dibujos que guardaba en mi maleta de madera color amarillo. Eran como pájaros atrapados en el margen de un cuaderno: ansiosos, todavía torpes, pero ya respirando presagios de libertad. Una vez de regreso en casa, nació en mí la imperiosa necesidad de aprender a pintar de manera profesional, una necesidad que brotó de súbito, como un manantial que se abre paso entre las piedras.

Les conté a mis padres, don Vicente Figueroa y doña Bertha Castillo, aquel anhelo que crepitaba en mis manos. Ellos se alegraron de que me inclinara por el arte y me expresaron su entusiasmo con la frase: “Vas a seguir la profesión de tu tío Gil Herrera Figueroa”, quien era un notable pintor y escultor de imaginería religiosa. Mi madre, con la lucidez de quien reconoce el llamado interior de su hijo, me llevó ante el maestro Manuel Serrano para que me enseñara a pintar. Pero Serrano, custodio severo del oficio, fue reacio a aceptarme en su taller; me sugirió acudir a la Escuela de Bellas Artes de la Universidad Técnica Particular de Loja (UTPL), donde —según dijo— aceptaban alumnos que hubieran terminado el tercer curso de colegio.

Con la emoción apenas contenida, me presenté en la secretaría de la UTPL. Allí me cerraron la posibilidad de matrícula, indicándome que la escuela se cerraría por falta de estudiantes. La secretaria me dijo que conversara con el hermano Ticiano Cagigal García, Gran Canciller y Director de la Escuela de Bellas Artes.

—Buenos días, hermano —le dije, saludándolo atentamente—. Quiero pedirle que me permita ingresar a Bellas Artes.

Él, con una sonrisa muy característica, me respondió:

—Esa carrera se va a cerrar; es insostenible pagar a cinco profesores para dos estudiantes.

Además, me informó que el único aspirante registrado para el nuevo período académico era un joven de nombre Salvador Villa, y que, conmigo, apenas serían dos. Por ello, la escuela estaba destinada a cerrarse, como lámpara agonizante frente al viento.

—A menos —añadió Ticiano— que ustedes hicieran algo para salvar a esta “escuelita” y evitar su desaparición.

Aceptamos el reto Salvador y yo, dos jóvenes que cargábamos más sueños que certezas. Nos matriculamos con la determinación de quien sostiene a soplos una brasa para que no muera la hoguera.

Y así conocimos a nuestros maestros: Guillermo Herrera, Claudio Quinde, Juan Flores, Francisco Samaniego y José Beltrán. En toda la escuela no éramos ni diez almas, solo un puñado de aprendices dispersos entre los silenciosos corredores del arte. En el ciclo superior, la atmósfera estaba habitada por figuras que hoy forman parte de la memoria plástica de Loja, como Manuel Serrano, Sigifredo Camacho, María Eufemia Guaricela, Guadalupe Eguiguren, Itamar Becerra y los hermanos Enrique y Gloria Cueva, entonces inmersos en sus tesis de cerámica.

En ese ambiente de austeridad y fervor emprendimos el trabajo con ahínco, haciendo de los talleres de arte nuestro segundo hogar. Elaboramos una colección de cerámicas decoradas con elementos precolombinos y una colección de pinturas con bodegones, paisajes y marinas. Nuestro profesor, el maestro Guillermo Herrera, se convirtió en amigo. Después del duro trabajo de la semana, nos reuníamos en El Valle para disfrutar de un cuy y una botella de licor; lo hacíamos religiosamente. Luego de

depurar nuestra obra artística, emprendimos una campaña de difusión: hicimos una gran muestra de cerámica y pintura que llevamos en un recorrido por todo el país. Las semillas habían sido depositadas en tierra fértil. Para el segundo ciclo se unió Fabián Figueroa Ordóñez, quien había abandonado temporalmente sus estudios por cumplir el servicio militar obligatorio. Así fue como muchos empezaron a llamarnos la trilogía “Figueroas–Villa”: Fabián, Estuardo y Salvador.

Juntos realizamos exposiciones en la Pinacoteca Municipal de Guayaquil, CENAPIA Quito, la Casa de la Cultura de Machala, el Municipio de Loja y las salas de la UTPL, siempre con trípticos y catálogos que promovían a la Escuela de Bellas Artes. La sorpresa llegó como un amanecer explosivo: en el siguiente período se matricularon más de cincuenta estudiantes procedentes de todo el país, incluso del Perú. La semilla había germinado.

Cabe recordar que la Escuela de Bellas Artes de la UTPL había nacido en 1973, como una barca construida con paciencia y visión por dos intelectuales: el hermano Ticiano Cagigal García, artista y matemático, y el maestro Guillermo Herrera Sánchez, quien regresaba de una gira por Colombia, Venezuela y Panamá con el deseo de fundar una escuela de arte para enseñar pintura y escultura a su pueblo.

Aquella academia se convirtió en un puente luminoso para el sur del país, de donde surgimos como un grupo de jóvenes inquietos, auténticas espigas agitadas por el viento de la creatividad. Pronto resonaron nuestros nombres: Manuel Serrano Granda, Sigifredo Camacho Briceño, Fabián Figueroa Ordóñez, Estuardo Figueroa Castillo y Salvador Villa Romero, en exposiciones individuales y colectivas a lo largo del país, encendiendo un nuevo renacer plástico para Loja.

Con el tiempo, por la dedicación y la calidad de la obra, algunos de nosotros pasamos a formar parte del cuerpo docente: Fabián Figueroa, Sigifredo Camacho y yo, Estuardo Figueroa. En nuestros hombros recayó la responsabilidad de formar nuevas generaciones, enseñando a los alumnos no solo técnicas artísticas, sino también una visión del arte como un oficio digno y espiritual, que permite al ser humano crear y recrear obras para el gozo estético de la sociedad.

En la obra *Panorámica de la Plástica Lojana*, Jaime Celi Correa subraya “el arduo trabajo de este grupo de docentes, que moldeó la sensibilidad de aquellos jóvenes que buscaban comprender el misterio del color y de las formas”. Los comentarios en prensa y los catálogos de exposiciones constituyen hoy una verdadera bitácora del crecimiento artístico de nuestra región.

De las aulas de este importante centro de estudios surgieron nombres que hoy resuenan como constelaciones dentro del arte nacional e internacional: Boris Salinas, Bayardo Cuenca, Mónica Sarmiento, Diego González, Alexei Calispa, Robinson Benítez, Juan Lazo, Gabriela Punín, Mao Mendieta, Nelson Pasaca, María Dolores Coronel, Teresa Muñoz, Bernardita Reyes, Xavier Bar-nuevo, Tania Sáez, Catalina Villamagua, Paulina Salinas, Marlon Chamba, María Guajala, Diego Espinosa, Iliana Herrera, Verónica Noriega, Edwin Cruz, Pablo Dávalos, Claudia Cartuche, entre otros.

Hoy, dispersos como estrellas, ellos siguen su propio rumbo. Estos egresados cumplen funciones fundamentales como artistas, docentes y promotores culturales; cada uno, desde su trinchera, aporta un trazo decisivo al mosaico del arte y la cultura nacional.

Así, la historia de la Escuela de Bellas Artes de la UTPL no es solo la crónica de una institución, sino la de

una llama que resistió el viento. Es el testimonio de cómo un puñado de jóvenes insistentes, tercos y soñadores logró impedir que el arte se apagara en Loja, convirtiéndose ellos mismos en faros destinados a iluminar a quienes vendrían después.

Una historia que demuestra que, cuando la vocación toca la puerta, no hay negación capaz de sofocar la fuerza de quien ha sido llamado por el arte.



Profesores y alumnos de la carrera de Bellas Artes

NACIMIENTO DE UN SUEÑO

**Origen humanista de un legado educativo para Loja:
La tragedia que abrió un sendero inesperado.**

Hay historias que nacen de la luz y otras que brotan del dolor, como rosales obstinados en medio del invierno. La historia del legado Álvarez pertenece a esta última

categoría, donde la tragedia se convierte en una semilla fértil.

Cuenta la leyenda que la vida de Daniel Álvarez Egui-guren se apagó en un acto desesperado, al lanzarse a las aguas quietas de la laguna del Puente Bolívar; allí donde los ríos Malacatos y Zamora se abrazan formando un espejo que refleja tanto el cielo como las sombras humanas. Fue en ese santuario líquido donde el destino —esa ave negra que nunca avisa— decidió sellar su partida.

El desventurado joven era el único heredero del filántropo Daniel Álvarez Burneo; su ausencia abrió un vacío que ninguna riqueza podía llenar. El padre, triste y desesperado ante la desaparición física de su vástago, consideró que sus bienes ya no tenían propósito ni razón de ser, sino que eran solo un eco doloroso de ausencia. Pero del dolor más hondo, a veces, nace la decisión más luminosa. Con el corazón mortificado, don Daniel Álvarez Burneo transformó su pérdida en siembra: entregó su fortuna a la Iglesia para fundar una escuela de artes y oficios, como quien planta un árbol nuevo en el mismo lugar donde cayó el rayo. Así, de la muerte brotó una obra y, del silencio, un porvenir que aún palpita en la memoria colectiva de los lojanos.

Pío Jaramillo Alvarado, en su libro *Historia de Loja y su Provincia*, dedicó páginas solemnes a este gesto extraordinario y lo convirtió en historia viva. Su pluma, fina como el viento que recorre los montes lojanos, retrata a Daniel Álvarez Burneo no como un hombre que dona bienes, sino como un sembrador de futuro. En sus páginas describe cómo sus tierras y su dinero, entregados silenciosamente a la Curia Diocesana y al Cabildo, no fueron una simple transferencia, sino un pacto moral con las generaciones venideras; un manantial donde la educación futura bebería identidad y esperanza. Para Jaramillo,

este acto se transformó en un surco luminoso abierto en la tierra lojana.

Ese capítulo, que huele a patria y pergamino, registra el nacimiento de un árbol solar cuyas raíces continúan sosteniendo la dignidad de una ciudad que aprendió a crecer gracias a quienes supieron dar antes que pedir. El 28 de julio de 1936, Daniel Álvarez Burneo dicta su testamento, destinando su fortuna al Concejo Cantonal para obras de beneficencia.

El patrimonio donado por Álvarez Burneo inició un largo viaje administrativo y humano que desembocó en la creación de instituciones determinantes para Loja:

- **El 30 de junio de 1938:** se acuerda fundar el Instituto de Artes e Industrias Daniel Álvarez Burneo.
- **El 16 de junio de 1962:** se autoriza el funcionamiento del Instituto Técnico Industrial y Agrícola Daniel Álvarez Burneo, inaugurado en octubre de ese mismo año.
- **En mayo de 1965:** la Comunidad Marista Ecuatoriana asume la administración, consolidando su modelo educativo y dándole una dirección fértil y rigurosa. El instituto, con raíces de filantropía y ramas maristas, se convirtió en el campo donde germinaría posteriormente un proyecto mayor: una universidad.

EL AMANECER DE UNA UNIVERSIDAD: 1971



Algunos espacios de la UTPL, matriz

En la luz nueva del 3 de mayo de 1971, el sur del Ecuador asistió al nacimiento de una institución llamada a transformar vidas: la Universidad Técnica Particular de Loja (UTPL).

Ese día, la Asociación Marista Ecuatoriana vio elevarse algo más que edificios: un faro destinado a proyectar fe, conocimiento y servicio de la mano de su mentor, el hermano Santiago Fernández García, quien fuera su primer canciller. El Estado ecuatoriano, mediante Decreto Ejecutivo 646, oficializó esta creación, y el Registro Oficial N.º 217 dejó grabada para siempre esta promesa de autonomía y espíritu humanista, amparada en el *modus vivendi* suscrito con la Santa Sede.

La tierra donde se levantó el campus universitario fue una donación generosa de doña Virginia Riofrío Burneo, acompañada del apoyo material del prelado europeo Oskar Jandl; ambos ofrecieron no solo suelo, sino alas a la esperanza. Los primeros edificios nacieron inspirados en la arquitectura moderna de la Bauhaus, buscando armonía entre escultura, pintura y espacio. Sus murales, jardines y líneas simples evocaban un lenguaje que no solo alzaba muros, sino también un proyecto que creció como un árbol de muchas estaciones.

El primer rector, don Alejo Valdivieso, asumió funciones el 3 de octubre de 1971, dando forma a una institución que quiso conjugar lo técnico con lo humanístico, la ciencia con la espiritualidad y la razón con la fe. La UTPL abrió carreras esenciales para la región sur, formando no solo profesionales, sino ciudadanos conscientes.

En 1976, apenas cinco años después de su fundación, se convirtió en la pionera del Ecuador en ofrecer educación a distancia. Con ello, traspasó murallas geográficas y sociales, permitiendo estudiar a quienes no podían estar en un aula tradicional. Fue un acto revolucionario que extendió la luz universitaria hacia rincones donde antes no llegaba el conocimiento.

Posteriormente, el hermano marista Ticiano Cagigal García fue canciller de la UTPL en periodos importantes de su historia institucional, desde el 17 de diciembre de 1976 hasta el 9 de octubre de 1996. Ejerció el cargo durante 20 años, contribuyendo significativamente al desarrollo y consolidación de la institución y fortaleciendo la expansión de la Modalidad Abierta y a Distancia.

En 1997, la Diócesis transfirió la dirección al Instituto Idente de Cristo Redentor, garantizando continuidad jurídica y doctrinal sin perder el carisma fundacional. Desde entonces, la UTPL ha crecido como un bosque en expan-

sión, abriendo nuevas carreras, modalidades, investigaciones y programas que han impactado al país entero.

La historia de la UTPL no se mide solo en años ni en edificios, sino en los miles de vidas que ha tocado: estudiantes que encontraron allí su rumbo, maestros que dieron luz y profesionales que hoy sirven al Ecuador y al mundo con ética y esperanza.

La creación de esta universidad no fue un trámite administrativo; fue un poema colectivo tejido con dolor transformado, generosidad insigne, visión educativa y amor profundo por Loja. Fue y sigue siendo la semilla de una institución que quiso ser más que piedra y papel; quiso ser alma, horizonte, herencia viva y conciencia.

Desde su creación, la UTPL continúa escribiendo su historia con voces nuevas, renaciendo día tras día en su misión de formar no solo profesionales, sino seres humanos íntegros, capaces de iluminar su tiempo y su espacio.

LITURGIA DEL BARRO Y LA AMISTAD



Mural, expuesto en uno de los edificios de la UTPL

En los inicios de la Escuela de Bellas Artes de la UTPL éramos pocos, tan pocos que cabíamos en una fotografía borrosa; sin embargo, nos sentíamos multitud, un ejército íntimo y fervoroso. Éramos ocho alumnos y dos maestros, **Claudio Quinde y Guillermo Herrera**: el primero, profesor de dibujo y cerámica; y el segundo, docente de pintura y escultura. Todos girando en torno a una vocación común, como planetas obstinados alrededor de un sol que no se apagaba. Cada uno llevaba en los bolsillos un sueño y en las manos la certeza de que el arte, aún en su precariedad, podía salvarnos del silencio.

A veces, como una visita sacramental, aparecía el gran canciller y director de la escuela, el hermano Ticiano Cagigal García. Su presencia descendía en el taller como una luz de invierno; no cegaba, pero abrigaba. Bastaba su mirada atenta y su palabra justa para que los colores se animaran y las formas recuperaran el pulso. Era un pintor de espíritu bohemio y corazón pedagógico; caminaba entre los caballetes como quien recorre un jardín recién sembrado, confiando en la paciencia del tiempo.

Vivíamos como una familia de manos manchadas y delantales gastados. La carrera se reducía a dos aulas apenas: dibujo y pintura, por un lado; escultura y cerámica, por el otro. Pero esas paredes humildes se expandían como una casa antigua cuando el día se alargaba hasta la noche. El mediodía nos encontraba unidos por el hambre, esa otra forma de comunión. Cocinábamos allí mismo, en el taller, una carne picante que el profesor Herrera dirigía como un alquimista del fuego; la preparábamos en un plato de cerámica, dentro del horno de quemas, y la acompañábamos con patatas, mote y ají. El aroma se mezclaba con el polvo del yeso y el barro húmedo; nunca faltaban unas cervezas, pequeñas fiestas líquidas con las que sellábamos la camaradería mientras la creatividad, desbocada, cabalgaba por los tejados del campus.

Hacíamos mingas artísticas, verdaderas liturgias del barro. Recuerdo con nitidez aquella cerámica monumental que decidimos levantar como quien desafía una montaña. Nos exigió días enteros de entrega y sacrificio: modelábamos juntos, hacíamos el molde como un solo cuerpo y, turno a turno, intentábamos extraer la pieza que, por su altura y su peso, se quebraba siempre, como si la barbotina nos probara la paciencia y la fe. Hasta que un día el maestro Claudio Quinde lo intentó por enésima vez y la pieza salió entera, limpia, victoriosa, como un parto feliz. Celebramos ese milagro con risas y abrazos; teníamos en nuestras manos un jarrón de metro y medio de altura que apenas logramos introducir en el horno para su quema.

El maestro Guillermo Herrera, estudioso profundo de las culturas ecuatorianas, lo vistió con una decoración que parecía escrita por la memoria: símbolos y ritmos de las culturas precolombinas respiraban en su piel. Desde entonces, aquella obra fue el corazón de nuestras exposiciones, el estandarte con el que salíamos a decirle a Loja y al país que el arte reverdecía en el último rincón del mundo, como diría Benjamín Carrión. Hoy, esa gran cerámica descansa en manos de Jaime Celi, quien la adquirió de Claudio Quinde, hecho que despertó controversias con las autoridades universitarias, pues muchos consideraban que aquella pieza debía ser patrimonio de la universidad. Tal vez lo era; en un sentido más profundo, pertenecía a la memoria colectiva de quienes la parieron.

La necesidad de trabajar en equipo nos llevó a conformar un colectivo, y así nació el grupo **La Abeja Zurda**. Trabajábamos compitiendo con el reloj y tomábamos calles y parques para exhibir nuestros productos artísticos, como si estuviéramos sembrando imágenes en el asfalto. El gran canciller Ticiano, cuando deseaba tentar la conversación, aparecía por el aula y nos invitaba a la resi-

dencia de los maristas para mostrarnos un cuadro suyo recién nacido. Casi siempre terminábamos en su taller, al que bautizó también como **La Abeja Zurda**, un refugio donde el pensamiento se afinaba y la amistad encontraba abrigo.

Allí estábamos Fabián Figueroa, Salvador Villa y Estuardo Figueroa; y allí, como una reliquia alquímica, el hermano Ticiano guardaba un pequeño alambique en el que redestilaba la «punta» de Malacatos hasta obtener un licor de setenta grados. En un armario venerable reposaban botellones con frutas y cáscaras aromáticas: vitrales líquidos con etiquetas que señalaban los distintos años de añejamiento. Cada botella era una lección de paciencia; cada sorbo, una metáfora del tiempo.

Conversábamos de corrientes artísticas, de proyectos, de cómo empujar la cultura de Loja hacia adelante. Entre risas y brindis, el arte dejaba de ser teoría y se volvía camino. Luego venía la cena, generosa como un abrazo, y un chofer que nos devolvía a casa todavía con la cabeza llena de colores.

EL BAUTIZO

Al iniciar cada ciclo académico celebrábamos una ceremonia, un rito secreto entre la travesura y la liturgia pagana: el bautizo de los nuevos alumnos. No era un acto solemne de agua bendita, sino un pacto de humo, música y complicidad; una forma de decirles, sin discursos, que desde ese día pertenecían a la tribu del color.

Todo comenzaba con una conspiración casi épica: los muchachos pasaban aula por aula pidiendo cuota para la gasolina, como quien reúne monedas para encender una fogata ancestral. Luego salíamos, noche adentro, a co-

meter nuestro simbólico abigeato: capturar algún borrego trasnochado, ese animal inocente que parecía haberse quedado rezagado del rebaño por voluntad del destino. No era un robo, nos decíamos; era una ofrenda involuntaria al arte y a la camaradería.

De regreso, alguna de las alumnas, sacerdotisa del fogón, lo preparaba de manera magistral. El aula se transformaba entonces en cocina alquímica: los cuchillos brillaban como lunas cortantes, los aromas ascendían como plegarias carnales y el borrego dejaba de ser animal para convertirse en banquete, en promesa cumplida. Comer juntos era nuestra manera de sellar la hermandad; cada bocado nos igualaba, nos volvía cómplices.

Pero el verdadero bautizo llegaba después. Sellábamos las ventanas con cartulina negra, clausurando el mundo exterior, y encendíamos la luz ultravioleta. El aula mutaba en discoteca clandestina, en cueva luminosa donde los cuerpos se movían como pigmentos vivos. La música subía de volumen hasta sacudir las paredes y el baile se volvía un acto de libertad feroz: sudor, risas, sombras fluorescentes, juventud incendiada. Allí, los nuevos alumnos dejaban atrás la timidez como quien se quita un abrigo viejo; salían rebautizados por el ritmo.

Alertado por el escándalo, aparecía el Hno. Santos. Llegaba con el ceño fruncido, la autoridad por delante y la amenaza de clausura en los labios. Su rostro era una tormenta a punto de desatarse y nosotros, súbitamente silenciosos, esperábamos el veredicto. La puerta se abría, como se abre un juicio.

Pero el milagro ocurría siempre. Al cruzar el umbral, el Hno. Santos se encontraba con una escena inesperada: en medio de la música, del banquete y de la algarabía, se hallaba disfrutando de la reunión nada menos que el gran canciller, el hermano Ticiano Cagigal García. Su presen-

cia era un giro del destino, un as bajo la manga de la noche. El semblante del Hno. Santos se transformaba entonces como nube expuesta al sol; la severidad se derretía, el gesto se suavizaba y, tras saludar respetuosamente a la máxima autoridad, nos miraba con una indulgencia casi cómplice y terminaba diciendo: «Cierren la puerta al salir, chicos».

Así eran aquellos tiempos: un taller que respiraba, una mesa compartida, una familia elegida. Como el barro en el horno, nos fuimos cociendo juntos, creciendo sin darnos cuenta. Cada uno tuvo la oportunidad de presentar exposiciones individuales y colectivas en distintas galerías del país y, quizá lo más importante, despertamos en muchos jóvenes el interés por el arte, abonando el terreno para fortalecer la plástica en el sur del Ecuador. Cada exposición la venerábamos con un vino de honor, para que fragüen los colores y la memoria no se enfríe nunca.

EFRÉN SARANGO PALACIOS



EL PAQUETE DE PRUEBAS QUE SE ME OLVIDÓ EN CHONE

Recuerdo que, en la modalidad a distancia de la Universidad Técnica Particular de Loja, los estudiantes de diferentes partes del país eran evaluados a través de pruebas escritas. Para este efecto, los profesores viajábamos a los diferentes centros universitarios para evaluarlos. En esta ocasión, me designaron viajar a la ciudad de Chone, junto con dos colegas más. Normalmente, tomábamos el avión del día viernes de Loja a Quito y de allí nos desplazábamos a los diferentes lugares o ciudades de la parte norte del país. En este caso, nos desplazamos a Chone, una ciudad costera de un clima demasiado caliente, cosa que, para nosotros, que somos de la sierra, lo encontramos muy insoportable, porque el calor es tremendo.

Llegamos a Chone y nos dispusimos a evaluar en la primera jornada, quiero decir, el día sábado. Entregamos los instrumentos de evaluación o pruebas escritas a los estudiantes y todo transcurrió sin novedad; ellos respondieron, hicieron preguntas, se dio respuestas a las mismas y se terminó la jornada a las 13h00. Luego, salimos con los compañeros profesores a almorzar a un restaurant cercano y así transcurrió el sábado. Pasamos la noche en el hotel (que hasta este momento no recuerdo el nombre). El día domingo fuimos nuevamente al lugar de evaluaciones para empezar la jornada de ese día. Evaluamos a los estudiantes sin mayor problema, a no ser por el mismo calor infernal que no se aguantaba. Como dirían mis colegas: sudábamos más que testigo falso; y, más triste era nuestro caso, porque teníamos que utilizar terno y corbata, entonces eso era muy molesto debido al calor. Pero, normalmente, nos sacábamos saco y corbata ni bien empezada la jornada, esto era solo para la presentación.

Terminamos la jornada a las 13h30 y fuimos al hotel, sacamos nuestro equipaje y fuimos a un restaurante a almorzar. Esta vez, pedimos un plato típico de allá elaborado con el chame, un pez de agua dulce que lo preparan de diferentes maneras; en este caso, pedimos chame sudado y para la sed, una refrescante cerveza y coca cola (así me gusta) y todo estuvo muy exquisito. Posteriormente, algunos estudiantes nos sugirieron que no vayamos al terminal terrestre a coger desde ahí la cooperativa de transportes Reina del Camino, para regresar a Quito, sino que vayamos a un lugar cercano, a dos cuadras de allí, porque necesariamente tenía que pasar dicha cooperativa por ese lugar. Así fue, entonces esperamos quince, veinte minutos, media hora, y no llegaba el bus. Estaba muy cansado por toda la jornada y me costaba permanecer de pie, me apretaban los zapatos y me dolían los dedos; así que decidí sentarme en la vereda y para amortiguar la dureza, puse la funda manila

llena de las pruebas receptadas a los estudiantes en sábado y domingo, y me senté en ella. En esas circunstancias, de manera imprevista escuchamos el pito altisonante y repetitivo del bus que se acercaba; todos los que esperábamos nos alistábamos a subir de manera atropellada con el fin de encontrar un asiento disponible para el viaje. Subimos y, sin embargo, todo estaba lleno, así que nos tocó viajar parados en el pasillo y agarrados del tubo.

El transporte avanzaba y llegamos a la ciudad de El Carmen; y, es ahí cuando, en un momento dado, me doy cuenta y digo para mis adentros: “¡Y la funda de las pruebas! “Recuerdo que la olvidé en Chone, que la puse en la vereda para sentarme”. Imagínate, amigo lector, este tremendo problema, esta desilusión, no me faltaban ganas de golpearme la cabeza en el asiento que me servía de apoyo. ¿Qué podía hacer si ya estaba lejos? Así es que, continuamos con el viaje; por cierto, mis compañeros no se enteraron del suceso porque nunca les dije nada, para que no me digan ¡qué gil! No quedaba de “otra” como solía decir Geovanny Castillo. Llegamos a Quito, fuimos al hotel de siempre, (creo que se llamaba Interamericano, cerquita de la antigua Terminal Terrestre de Cumandá, en la cuestita, camino a la iglesia de Santo Domingo. Al día siguiente, lunes, regresamos a Loja en el primer vuelo de Tame y fui directamente a la universidad para hablar con la directora General de Modalidad Abierta y explicarle sobre lo sucedido a este servidor. Entonces, ella, lejos de enojarse, más bien entendió la situación, pero con la condición de que tenía que regresarme el fin de semana, con mis propios medios y recursos, para evaluar nuevamente a los estudiantes. Demás está decir que, obviamente, fue una jornada muy larga porque, en esta ocasión, en vista de que yo tenía que asumir los gastos, fui y regresé vía terrestre, cansado, maltratado, pero con la satisfacción de haber cumplido con mi tarea.



*El autor de estas anécdotas, en compañía del Dr. Luis
Alfredo Cuenca Ojeda, exdocente de la UTPL*

EL “HIJO” QUE DEJÉ EN EL COCA

En una fecha exacta, que no recuerdo, del año 2001 tuve que viajar a la ciudad de El Coca para evaluar a unos estudiantes de Modalidad Abierta. El trayecto, aunque largo, transcurrió con normalidad: tomé el vuelo de Tame desde Loja a Quito y, luego, desde Quito a Sushufindi. Desde allí tomé una ranchera que, entre sacudidas y curvas, me llevó finalmente a El Coca. Nos hospedamos (mi compañero de viaje fue el recordado amigo Henry Castillo) en un hotel llamado El Auca, un sitio peculiar que tenía un pequeño bosque en el centro, un remanso verde donde los árboles parecían susurrar historias antiguas y la humedad característica de la Amazonía se impregnaba en la piel. Era imposible no sentir la exuberancia de la región oriental: el aire denso y tibio, el olor a tierra mojada, el canto de aves invisibles y la presencia viva de una selva que no se conforma con ser paisaje, sino que se convierte en compañía.

Al día siguiente, sábado, después de evaluar a los estudiantes, regresé al hotel y posteriormente salimos a caminar por el malecón. El río, ancho y silencioso, reflejaba el cielo como un espejo inmenso. La tarde caía lentamente, y ese brillo dorado sobre el agua parecía anunciar que algo inesperado estaba por ocurrir.

Cuando volví a un restaurante cercano para merendar, un muchacho se me acercó con cautela. Llevaba algo oculto bajo la chompa. Me miró con cierta timidez y, antes de saludar, me preguntó:

—¿A usted le gustan los gatos, señor?

Lo observé con curiosidad y respondí:

—Sí, claro. ¿Por qué lo preguntas?

El muchacho sonrió apenas, y con un gesto rápido abrió su chompa. Entonces lo vi: era un tigrillo cachorro, pequeño, hermoso, con los ojos brillantes y un pelaje moteado que parecía pintado a mano.

—Mire, pues... —dijo con mayor seguridad—. Lo estoy vendiendo.

Me quedé sin palabras y muy pensativo. Acaricié al animalito y sentí cómo vibraba su pequeño cuerpo.

—¿Y cuánto cuesta? —pregunté casi sin pensarlo.

—Unos cuarenta dólares... —respondió, encogiéndose de hombros.

—Rebaja, le dije — ¿Cuánto me da? Replicó.

—Te doy veinte — Trato hecho, dijo—

No necesité más. Saqué el dinero y se lo entregué. Él, antes de irse, me dijo en voz baja:

—Cúidelo bien. Ese animalito es muy especial.

Esa noche comprobé cuánta razón tenía. El tigrillo rugía, inquieto, intentando liberarse de la improvisada cama que armé en la habitación. Para evitar que me arañara, tuve que envolverle suavemente las patas con cinta masqui. Finalmente, se acurrucó junto a mí, y terminamos durmiéndonos juntos, envueltos por el murmullo lejano de la selva y, obviamente, con el ventilador encendido porque no se aguantaba el calor.

A la mañana siguiente lo dejé en la cabaña del hotel con una bandeja de leche (que en realidad era un gran cenicero) y salí a trabajar. Cuando regresé al mediodía, luego de arreglar el equipaje me dispuse a salir, en el parquecito interno del hotel había un grupo de gringos tomando fotos a las plantas y al pequeño bosque interior. Apenas me vieron con el tigrillo en brazos, se acercaron entusiasmados.

—¿Excuse me, podemos tomarle fotos al gatito?

—me preguntaron.

—Sure, no problem —respondí.

Mientras el tigrillo pasaba de brazo en brazo, de pose en pose, aproveché la distracción general, recogí mi equipaje y me encaminé apresuradamente hacia el transporte que me llevaría de vuelta a Sushufindi. Lo dejé finalmente en el hotel, con la esperanza de que allí lo cuidaran mejor de lo que yo podría. No pensé en lo problemático que hubiese sido tratar de sacarlo de la Amazonía, hacia Quito, y luego a Loja.

Años después, conversando con mi amigo Vernon Valladares, me contó que había llegado a evaluar a El Coca y había un tigrillo grande, sano y majestuoso y preguntó por él, la encargada del hotel le había referido que hace tiempo un profesor de la UTPL lo dejó allí, siendo un cachorro y que ellos, en lugar de entregarlo a las autori-

dades encargadas de la fauna, lo hicieron quedar debido a que tenían un pequeño bosque a lo interno del hotel, como ya se dijo, y que el tigrillo no podía estar mejor. Entonces, esa es la historia del “hijo” en El Coca.

EL “PADRECITO” DE PALANDA

Hace unos 24 años, aproximadamente, cuando la Universidad Técnica Particular de Loja (UTPL) decidió expandir su cobertura y crear nuevos centros universitarios en lugares remotos del país, me tocó ser parte de ese gran proyecto, del cual hasta ahora no sé por qué se llamaba “Proyecto Sozoranga”. En ese entonces era profesor de Inglés en la modalidad abierta y me asignaron un par de estudiantes de la Facultad de Economía para viajar con la idea y la gran tarea de fundar nuevos centros universitarios en algunos lugares del Ecuador.

Nuestro destino era Palanda, un pueblito que en ese entonces era una parroquia del cantón Chinchipe (hoy es cantón). La idea era dar una charla sobre las bondades de la UTPL y ver si podíamos convencer a los lugareños de abrir un centro universitario.

Llegamos a Palanda un sábado por la tarde, aproximadamente a las 16h00, en la Cooperativa de Transportes Unión Cariamanga. En cuanto nos bajamos del bus, fuimos a un hotel que quedaba justo frente al parque principal. Pagamos por adelantado, nos dimos una ducha y salimos a merendar a las 18h00. Luego regresamos al hotel para ponernos una chompa, porque hacía frío, y nos dirigimos a la iglesia faltando unos quince minutos para las 19h00.

El cura párroco ya había sido avisado de nuestra llegada, así que nos esperaba... o eso creíamos. La cuestión es que el tipo no llegaba, y nosotros estábamos ahí, parados en la puerta de la iglesia, como un trío de bobos.

—¿Qué pasa? —le pregunté al encargado de la capilla—. ¿Vendrá o no el padre?

El tipo se encogió de hombros.

—Debe estar por llegar. Dijo que iba a venir. Estaba atendiendo a una familia.

Esperamos una hora y nada. Empezábamos a pensar que nos habían dado la vuelta. De repente, vimos a un tipo que venía caminando por la calle, con pantaloneta, zapatos deportivos sin medias y una guitarra al hombro.

—¿Ese es el cura? —le pregunté al encargado, incrédulo.

—Sí, es él —me respondió, como si nada.

Cuando llegó, nos saludó con una sonrisa y nos dijo:

—Disculpen, me demoré un poco. Estaba atendiendo a una familia.

¡Y olía a alcohol!

Nosotros pensábamos que iba a venir con sotana y todo el rollo propio de un sacerdote, pero no. Era un tipo relajado, eso sí.

La reunión fue un éxito, a pesar del estado del cura. Les explicamos nuestro objetivo, las bondades de estudiar en la modalidad abierta, las carreras existentes, las formas de evaluación, la bibliografía, etc. Finalmente, les entregamos folletos y más material impreso. Los asistentes, que serían unos treinta, se mostraron muy interesados, y nosotros quedamos contentos.

Cuando terminamos, alrededor de las 20h30, el cura se acercó y nos dijo:

—Oigan, ¿no se quedan un rato? Quiero tocarles unas canciones de folclore colombiano.

El cura era de ese país, por su acento.

Le dijimos que no, que teníamos que regresar al hotel porque al día siguiente debíamos avanzar más allá, hacia Zumba. Pero el tipo insistió.

—Ustedes se lo pierden, conozco muchas canciones bonitas.

Nos reímos y le respondimos:

—Otro día, padre. Gracias por la invitación.

Y así nos fuimos, riéndonos de la aventura. El cura se quedó ahí, guitarra en mano, listo para cantar. ¡Qué personaje!

Luego de eso, en lugar de ir al hotel, nos fuimos a explorar el pueblo. Palanda es un lugar precioso, rodeado de montañas y ríos. Los palandenses son gente cálida y amable; nos recibieron con los brazos abiertos.

No sé si el centro universitario se abrió finalmente en Palanda, pero la experiencia fue inolvidable. Y el cura... ¡impresionante!

...MUY CHISTOSITO, MIGUELITO.

En uno de los viajes a Quito en el 2002, después de trabajar duro en las evaluaciones, decidimos cerrar el domingo con una cena de lujo en un restaurante en el Centro Histórico. Éramos Miguel Ángel Ochoa, el compañero Eduardo Luzuriaga (que en paz descansa), *Albertito* (nombre protegido para no herir susceptibilidades) y yo. Como todavía nos quedaba dinero de los viáticos, entramos a ese lugar muy elegante, de esos donde los platos no se bajaban de los 13 o 14 dólares, que en ese tiempo era bastante plata.

Al momento de pedir, todos elegimos platos fuertes, pero *Albertito*, que siempre tenía fama de ser un poco tacaño, salió con el cuento de que le dolía el estómago y que el almuerzo le había caído pesado. —Tráigame solo una agüita aromática —le dijo al mesero.

Nosotros sabíamos perfectamente que no estaba enfermo, sino que lo que no quería era gastar su dinero. Miguel Ángel, que era muy pilas, decidió jugarle una broma y le dijo: —Mira, *Albertito*, si es por dinero no te preocupes. Toma la carta, mira bien y pide lo que más te llame la atención. Yo invito.

Al oír eso, a *Albertito* se le quitó el dolor de estómago de inmediato. Agarró la carta, llamó al mesero y se pidió un lomo fino con papitas fritas y ensalada rusa, de lo más caro del menú, recuerdo.

Como él pidió al último, su plato tardó más tiempo en llegar. Miguel Ángel, Eduardo y yo terminamos de comer rápido. Cuando ya estábamos listos, le dijimos que nos íbamos adelantando. Fuimos a la caja, cada uno pagó su cuenta —incluida la famosa agua aromática que *Alberto* pidió al principio— y salimos a fumarnos un cigarrillo al parque que quedaba justo enfrente.

Desde lejos, a través del vidrio, nos quedamos observando. Vimos cómo *Albertito* terminó su lomito con todo el gusto del mundo y se levantó para irse. Justo cuando iba a salir, el mesero lo detuvo. Desde la distancia entendimos clarito lo que pasaba: le estaban cobrando.

Alberto nos señaló a nosotros a lo lejos, seguramente diciendo: “Ese señor de barba que está allá afuera ofreció pagarme”. Pero el mesero le había dicho: los señores que están afuera pagaron cada uno lo que comieron, seguidamente le exigió el pago. No le quedó otra alternativa: vimos cómo sacó un rollito de billetes que tenía bien

guardado y, con toda la pena del mundo, tuvo que contar los 15 dólares para pagar su plato.

Cuando por fin salió y se acercó a nosotros, le dio un pellizco en el brazo a Miguel Ángel y le dijo: —”Muy chistosito, ¿no, Miguelito?”.

Miguel Ángel, muerto de risa, solo le contestó: —”Pero, Albertito, comiste muy bien y lo disfrutaste, ¿cuál es el problema?”.

Al final, la “enfermedad” de Albertito terminó siendo la cena más cara de su viaje.

GALO GUERRERO-JIMÉNEZ



EL GORDITO, EL BARBÓN Y LAS EVALUACIONES SUSTRAÍDAS

No recuerdo si fue a finales del siglo pasado o a principios de este siglo, cuando nos robaron las evaluaciones presenciales que llevábamos cada uno de los cuatro profesores de planta de la UTPL, para aplicarlas a los alumnos de todas las carreras de la modalidad a distancia que en ese centro universitario tenían que rendir el fin de semana.

Todo empezó cuando desde Loja los profesores de la sede viajamos a los respectivos centros universitarios del país, para administrar las evaluaciones bimestrales. El grupo que yo coordinaba llegó a las 17 horas del día viernes a uno de los hoteles de esa ciudad en donde íbamos a trabajar el fin de semana, luego de viajar en avión desde Loja hasta Guayaquil y posteriormente por vía terrestre a la ciudad que la UTPL nos asignó.

Cuando llegamos al hotel, en medio de un fuerte calor, nos recibieron 4 alumnos, indicándonos que dejemos las maletas y que bajemos inmediatamente para llevarnos a un restaurante para servirnos algún alimento y, de ser posible, unas cuantas “cervecitas” para el calor de la tarde y noche.

Pues, con esta “invitación” sorpresiva, me quedé preocupado porque ya había el rumor de que, en esa ciudad, en una fotocopiadora determinada, vendían los formularios de las evaluaciones a los estudiantes que querían pagar una cantidad determinada de dinero para saber de antemano en qué consistía el examen que tenían que rendir en los días siguientes: sábado y domingo.

Por esta razón, yo me anticipé en agradecer a estos alumnos por esta invitación, aduciendo de que la UTPL nos brindaba los viáticos respectivos para cubrir los gastos que esta salida a evaluar demandaba y que, por lo tanto, no tenían por qué preocuparse, y que, más bien, tenían que retirarse a estudiar.

Lo cierto fue que, cuando a las 19h00 salimos del hotel los 4 profesores para ir a cenar, los alumnos en mención se habían quedado esperándonos en las afueras del hotel para seguir insistiendo en su invitación. Yo cometí el error de preguntarles que en dónde hay un buen lugar para cenar, e inmediatamente se prestaron para llevarnos.

Llegamos a un lugar agradable, casi fuera de la ciudad, y lo primero que nos hicieron llegar fue una jaba de cervezas. Yo le indiqué a uno de los alumnos que nosotros no habíamos pedido cerveza, pero uno de los compañeros profesores me dijo: “¡Hombre!, aceptémosles, deja que expresen su cariño en este calor del diablo”. Hasta eso, las tapillas ya brincaron de su envase y “en menos de lo que canta un gallo”, las cervezas estaban a flor de mesa, en efecto, rebosantes y bien heladitas.

Pasó una hora; yo seguía preocupado porque internamente pensaba: “Aquí hay algo que no me gusta, que no cuadra”. Y la preocupación fue mayor cuando me levanté de la mesa y me dirigí a preguntarle al mesero que a qué hora nos servían la cena, y él me indicó que solo esperaba la señal del “Gordito”. El Gordito era uno de los estudiantes que fungía de coordinador. Regresé donde el Gordito y le dije que ordene el servicio de la comida, o que, de lo contrario, pues, nos retirábamos del lugar. Enseguida se levantó y le indicó al mesero que proceda con el servicio, y en pocos minutos la comida estuvo servida. Exquisita, por cierto. Al finalizar la comilona, nos acercamos a pagar, pero la respuesta fue que el Gordito ya había pagado todo.

Regresamos al Hotel con el Gordito y sus compañeros. Nos despedimos, pero antes de dirigirnos a las habitaciones respectivas, les solicité a los colegas que revisen las fundas de las evaluaciones. En ese entonces, las fundas eran unos sobres de manila, amarillos, en los cuales se guardaba las evaluaciones de los alumnos, clasificadas por asignaturas para impartirlas en los dos días de evaluación, y de conformidad con la lista adjunta que albergaba los nombres de los alumnos.

En efecto, fuimos a las habitaciones, y la sorpresa fue tal que, al menos yo, me quedé perplejo al comprobar que las fundas habían sido manipuladas; por supuesto, las habían dejado intactas tal como inicialmente estaban, pero se notaba una línea horizontal en el centro de la funda, elaborada con alguna navaja o cosa afín muy fina.

Nos reunimos los cuatro profesores para constatar que a todos nos habían hecho lo mismo, pero con la novedad de que las evaluaciones estaban todas completas.

¡Qué hacer, entonces! Uno de ellos, nos dijo -el “Barbón”, en concreto-, (era un profesor alto, robusto y con

una barba espesa): “Galo, quedémonos tranquilos, ya nos metieron el dedo. Estos desgraciados tuvieron tiempo de meterse en las habitaciones, y esto con la complicidad del recepcionista del hotel. ¡Qué hicieron!, sino sacar las evaluaciones, llevarlas a un centro de fotocopias, imprimirlas, y luego regresarlas para depositarlas, como si nada, en cada funda; por eso están ahí todas las evaluaciones. ¡Hijos de la grandísima suerte! Aquí es donde están haciendo negocio con las evaluaciones, ¡sarta de vagos, carajo!”, bufó el Barbón, rojo de coraje.

Seguimos en la discusión y, por unanimidad, decidimos enfrentarlo al recepcionista del hotel, un muchacho endeble, un tanto insulso, ladino, el cual con temor, -se le notaba en el rostro y en sus gestos- negó todo, hasta que el Barbón lo amenazó diciéndole que si no colaboraba iría a la cárcel y se quedaría sin el puesto de trabajo, puesto que él no era profesor sino policía disfrazado de civil y contratado por la UTPL para averiguar estas irregularidades de sustracción y fotocopia de las evaluaciones, puesto que había el rumor de que no era la primera vez que esto sucedía.

La amenaza dio resultado, quizá porque el Barbón, aparte de grandote, tenía un vozarrón que asustaba cuando lo engolaba. El hotelero declaró que fueron cuatro los intrusos a los cuales él mismo les abrió las habitaciones para que sustraigan las pruebas, se las lleven, y luego las regresen para depositarlas en las respectivas fundas, a cambio, eso sí, de una cantidad determinada de dinero que él recibía por sus “servicios prestados”.

Con la preocupación enorme que este hecho nos representaba, los acuerdos continuaron con el recepcionista para solicitarle, bajo amenaza, que al otro día de la jornada de trabajo evaluativo nos acompañe a las 7 y 30 de la mañana al lugar en donde se iban a tomar las evaluacio-

nes. En efecto, alquilamos un taxi, y a pocos metros de entrada del establecimiento educativo seleccionado para las evaluaciones, nos detuvimos para que el recepcionista nos vaya indicando cuáles eran los 4 alumnos ladrones, observando a cada uno de los estudiantes que, poco a poco, iban entrando al establecimiento escolar.

¡Claro!, entre los primeros apareció el Gordito y sus secuaces, a los cuales inmediatamente los identificamos. Los otros cuatro fueron identificados por el recepcionista luego de 20 minutos de espera. Nos bajamos del taxi, el cual se retiró con el recepcionista, y los profesores en conjunto entramos en cada una de las aulas para identificar a los 8 “famosos” alumnos utepelinos y cómplices del muy bien planificado robo de evaluaciones a los 4 insulsos maestros que estábamos en ese lugar del Ecuador, todos llenos de incertidumbre por lo que aún tenía que suceder.

Identificamos a los 8 alumnos y los llevamos a otra sala; inmediatamente los increpamos para que declaren lo sucedido en la noche anterior. Por supuesto, todos, con una pasmosa indiferencia, negaron ser parte de nuestra acusación. Mientras argumentos y contraargumentos iban y venían, apareció en la puerta el recepcionista del hotel y, sorprendentemente, sacó un fajo de billetes y se los botó prácticamente en la cara al Gordito y le dijo: “Toma tu pendejada de dinero y a ver si ahora eres capaz de defenderme de este asunto tan vergonzoso; zoquete, idiota, vago, ladrón y corrupto; y todavía estudiante de Leyes, no, ¡maricón!”.

Con este antecedente sorpresivo del recepcionista, ya no les fue posible negar nada a ninguno porque entre ellos empezaron a acusarse mutuamente. Acto seguido, a todos los estudiantes los hicimos salir de sus aulas para que se aglutinen en el patio central del establecimiento

para explicarles lo sucedido y que, por lo tanto, se suspendían las evaluaciones. Por supuesto, el alboroto de los estudiantes fue tal que nos empezaron a gritar diciendo que nosotros, los profesores, también éramos cómplices de estos robos de evaluaciones que ya eran voz populi y un negociado desde hacía un año o más.

Luego de intensos alegatos y, sobre todo, para no manchar el prestigio de la UTPL, se les indicó a los estudiantes que elevaríamos un informe de todo este asunto para que los 8 estudiantes sean sancionados de acuerdo a la ley universitaria y que, las evaluaciones se postergaban para la semana siguiente, o máximo en 15 días ya estarían rindiendo la respetiva evaluación.

Con el sudor auestas, no tanto por el calor que hacía, sino por los nervios que nos atacaban, salimos a toda prisa del local para, inmediatamente, regresar a Guayaquil, y luego a Loja. Se nos acercó una estudiante y nos dijo que ella tenía a disposición su vehículo para llevarnos al hotel y luego al terminal de la ciudad para salir lo más pronto posible porque corríamos peligro de que algún alumno quiera atacarnos.

Una vez que arribamos a Loja, aún asustados y todo, elaboré el informe y lo presenté a las autoridades respectivas. En la noche de ese día, tuve ya mi primer susto porque me llamaron al teléfono convencional de la casa. ¡Y quien creen que fue el de la llamada!; pues, el Gordito, pero no para amenazarme, como yo asustadamente pensaba que me quería cortar la cabeza a algo más atroz, porque decían que antes que ser bueno para las leyes, era un buen machetero (y jefe de la banda de ladrones de las evaluaciones, por supuesto). Lo que hizo el gordo infeliz fue rogarme que les encarezca a las autoridades, en el informe, o si es posible que vaya a hablar personalmente con ellas, para que la sanción no sea tan fuerte.

Exactamente nunca supe cuál fue la sanción que recibieron este “distinguidísimo” grupo inhumano de ladronzuelos. Lo que sí fue cierto es que, para el siguiente periodo académico de estudios, ya no salimos a evaluar con los famosos sobres de manila, sino con unos bolsos negros con candado que hasta hoy se utilizan; por supuesto, mucho más seguros para que el Gordito y su banda no vuelvan a sus fechorías. Lo que no sé si este personaje llegó a graduarse de abogado, o quizá se haya dedicado a “asesorar” a más estudiantes para que se conviertan en los nuevos ladronzuelos, ahora de los bolsos negros.

Conclusión: por mucho tiempo tuve sueños, tipo pesadilla, en el que aparecía el Gordito, e incluso el colega del Barbón, pero defendiéndome con su vozarrón a “grito pelado” para que el Gordito salga de mis sueños, corriendo de miedo; o, para que yo, ya no sienta miedo por la intromisión de este personaje en mis somnolientos sueños.

CARLOS M. VACACELA M.



UNA HISTORIA NO CONTADA: MI PASO POR LA UTPL

I parte: De cómo llegué a la UTPL

Casualmente, era el mediodía de un fin de semana y el mes de junio del año mil novecientos ochenta y nueve. Un viernes del mes de junio, cuando me aprestaba a viajar desde la terminal terrestre de la ciudad de Cuenca a visitar a mi mamá en Saraguro, observé que se había puesto en el cenit del cielo un sol abrasador que impedía darse cuenta de quién se cruzaba alrededor.

Abordé el bus y, al poco tiempo, el conductor encendió los motores, se cerraron las puertas y de pronto se enrumbo hacia el sur, por la avenida Héroes de Verdoloma, con destino a la ciudad de Loja. Habrían transcurrido entre treinta a cuarenta minutos cuando, a mi izquierda, un señor que iba leyendo el diario *El Mercurio* estornudó y escuché un “disculpad”. Yo, junto a la ventana,

disfrutaba al contemplar cómo el extenso verdor de las llanuras de Tarqui iba quedando atrás. El bus iba lleno de pasajeros y no había manera de escuchar lo que hablaba la gente, porque el conductor había encendido el equipo de música; por cierto, en aquel entonces estaba en boga Claudio Vallejo y sonaba a todo volumen un pasillo de su repertorio.

El sofocante calor que se sentía al interior del bus había provocado un pesado aletargamiento en mí, tanto que de pronto me quedé dormido. Horas después, sentí el frío de un viento que entraba por las ventanas abiertas. Cuando el bus ya se había encumbrado en el cerro, a la altura de la entrada al cantón Nabón, alguien decía a otra persona: “¿Podéis cerrar el cristal, por favor?”. Sigilosamente volteé a ver; era el mismo señor que hacía rato leía el diario. Fingió una forzada tos y se dirigió a mí: —Qué contraste, un calor inmenso hace un momento y ahora el frío. —Así es, el ambiente es tan cambiante de acuerdo al lugar y las circunstancias —le dije.

—¿De dónde vienes? —me preguntó. Él venía de Quito en el vuelo de la mañana. —Vengo de Cuenca —le respondí. Enablamos una conversación amena. —¿Adónde va? ¿Vive en Quito? —fueron mis preguntas. Me dijo que era de España y que vivía en Loja. Me preguntó algo de mí; le conté mi vida de estudiante y de recién egresado de la Universidad de Cuenca. —¡Ah, excelente! —respondió.

Entre mirar por la ventana y pretender seguir durmiendo, decidí contarle el motivo de mi viaje a Saraguro y que aún estaba trabajando en mi tesis de licenciatura. Me preguntó por la carrera que seguí y le dije que había estudiado Lengua y Literatura.

Ahora parecía que él quería descansar, pero de inmediato se repuso en su asiento y, al voltear hacia la ventana,

me dijo que eran muchos los que seguían esa carrera en la ciudad de Loja. Le comenté que, en cambio, en la Universidad de Cuenca eran muy pocos los que lograban graduarse, y que allí estaban grandes figuras de la literatura nacional como Efraín Jara Idrovo, Jorge Dávila Vázquez, Eliécer Cárdenas, Alfonso Carrasco Vintimilla y Alfonso Moreno Heredia, por citar a los más reconocidos, siendo varios de ellos mis maestros. Su admiración fue grande y, luego de un prolongado silencio, me dijo: —¿Habéis escuchado algo de la UTPL en Loja? Yo trabajo en ella. Con un poco de vergüenza y siendo sincero, le dije que sabía muy poco. Se sonrió; pero ahora comprendo la intención de la pregunta y su reacción a mi respuesta.

—Mira, nosotros en la UTPL estamos en búsqueda de un profesor de Literatura, pero queremos que sepa el idioma quichua. Hice remembranza de mi paso por las aulas y de haber recibido dos años académicos de ese idioma en la universidad; se lo comenté. Me dijo: —Perfecto. ¿Quieres trabajar en la UTPL? Fue grande mi sorpresa y, entre la inseguridad de mi decisión y el deseo de trabajar, le dije que tendría que ver, porque por el momento mi mayor deseo era terminar mi proyecto de tesis. Me dijo que, por lo pronto, no importaba si aún no la terminaba. Deduje la urgencia que tenía por encontrar un profesor con el perfil del que me habló.

Para comenzar, debía ir a la ciudad de Loja para hablar con él y otras autoridades universitarias, porque las decisiones venían del Consejo Superior o algo parecido que ya no recuerdo con precisión. Me propuso que, para iniciar, el trabajo fuese por un contrato simple y que, cuando ya tuviera el título, debía concursar para ver si me quedaba o no. Quizá como todo recién egresado, tuve un poco de temor de trabajar en una universidad de prestigio. Hasta entonces, mi experiencia docente era muy poca; trabajaba realizando reemplazos en algunos colegios.

En esa incertidumbre, se escuchó la voz del conductor decir: “Los que se quedan en Saraguro, por favor bajen con el boleto en la mano”. Tenía que quedarme. El señor me entregó una tarjeta que decía: *Hno. Isidro Escudero, Subdirector de la UTPL*; había unos números telefónicos de contacto. Por cierto, él ya sabía mi nombre y mis datos. En aquel tiempo aún nadie usaba celulares; es más, creo que ni llegaban esos dispositivos al Ecuador.

—Carlos, hablaremos muy pronto; piensa y comenta en tu casa sobre mi propuesta. Pronto nos veremos —aseveró. Habíamos quedado en que yo me contactaría para darle mi respuesta; debía hacerlo, a más tardar, en cinco días hábiles. Me bajé del bus y en menos de cinco minutos el vehículo partió rumbo a Loja. Me quedé pensando y, como un niño que sale por primera vez al pueblo, esperé hasta verlo perderse en la esquina de una de las calles de Saraguro.

No habrían pasado tres días cuando el inspector del colegio donde laboraba como reemplazo abrió sigilosamente la puerta del aula y me dijo: —¿Podría salir un momento? Me pidió que fuera rápido a su oficina porque había un señor de la UTPL que me estaba llamando por segunda vez, ya que la primera le dijeron que yo estaba en clases. Era el hermano Isidro Escudero: —Hola, Carlos. Sé que estás ocupado; solo quiero decirte que vengas de urgencia mañana a la UTPL, te espero en mi despacho. Le dije que allí estaría; pero, sinceramente, no me interesaba mucho trabajar en la ciudad de Loja; mis intenciones eran radicarme definitivamente en Cuenca. Tuve pocas ganas de concretar ese viaje, pero como le di mi palabra, viajé y lo busqué en su despacho. Muy poco conocía de la ciudad de Loja y, mucho menos, de la UTPL.

Serían como las diez de la mañana cuando me encontraba en un elegante despacho. Saludé, pero el hermano Escudero hablaba por teléfono y, por el ademán que hizo, comprendí que debía esperar. Colgó e inmediatamente marcó otro número; escuché que decía que ya había llegado, que vinieran con Rosario Ramírez y que trajeran el distributivo. Desconocía totalmente quiénes eran estas personas. Al rato, estuve frente a cuatro autoridades, entre ellas el hermano Ticiano Cagigal García, rector de la universidad. Mientras ajustaban la agenda, pude contemplar en la pared el retrato de Marcelino Champagnat. La conversación fue muy clara: estaría solamente por un ciclo académico, debía iniciar calificando a finales de junio de mil novecientos ochenta y nueve y terminaría mi contrato en agosto o inicios de septiembre. El trabajo consistiría en llevar a casa unas programaciones, calificarlas y registrar las notas en los tiempos previstos; era un trabajo ocasional hasta encontrar un profesor que llenara sus expectativas académicas. Quería agradecerles y decir que no me interesaba, pero ese intento se quedó ahogado en mis labios; acepté sin decir nada.

Se acordaron varios temas, pero eso de viajar por temporadas para retirar y dejar las programaciones (que eran una especie de trabajos que entregaban los estudiantes) y registrar las notas era algo que no me agradaba totalmente. Me dije para mis adentros: “Debo salir de aquí y, de manera urgente, buscar un trabajo en Cuenca”. Comencé con la calificación de las tareas de Modalidad a Distancia a finales del mes de junio. Transcurrió el tiempo y, cuando me di cuenta, era finales de agosto. El próximo periodo académico iniciaría en octubre de ese mismo año y terminaría en febrero de mil novecientos noventa. Traté de cumplir con la máxima responsabilidad, aunque mi especialidad no era el idioma quichua; tuve bajo mi responsabilidad los cuatro niveles de esa lengua.

Al finalizar el ciclo académico, me acerqué a secretaria para dejar las notas y pasé por la oficina del hermano Isidro para saludarlo y darle las gracias. Cuando le comenté que había terminado y le agradecía por la oportunidad, me dijo que, según informes y criterios de los estudiantes, tenía un excelente resultado. Me invitó a continuar por un ciclo académico más y que luego se definiría mi situación. Acepté y continué hasta finalizar el nuevo periodo (octubre de 1989 a febrero de 1990).

Terminado ese periodo académico, de nuevo me acerqué al despacho del hermano Isidro decidido a agradecer definitivamente porque no quería continuar. Pero, luego de una hora de conversación, terminé aceptando para el próximo periodo (abril-agosto de 1990); esta vez cambiaría mi situación. Me invitó a hablar con el licenciado Luis Varela (+), director académico de la universidad en aquel entonces, quien me dijo que era uno de los candidatos preferidos para ocupar el puesto de docente de la carrera de Lengua y Literatura. Su sugerencia fue que me preparara, porque la convocatoria ya se había lanzado y había varios postulantes.

Transcurrieron semanas o quizá un mes y fui convocado a rendir una prueba cuyos resultados definirían mi situación. Tras casi media mañana de pruebas y entrevistas, la jornada resultó cansada. Los resultados estarían en la subdirección en el lapso de ocho días. Pasaron los días y recibí la llamada del hermano Isidro Escudero sugiriéndome presentarme de manera urgente esa misma tarde. Le dije que me era imposible porque no estaba en la ciudad, que tenía que viajar. —Está bien, te espero mañana a las once —me dijo. Fue así como al siguiente día estuve a las once menos veinte en los pasillos del edificio de Modalidad a Distancia.

—Carlos, te tengo buenas noticias: ganaste el concurso y eres bienvenido —me dijo, apenas tomé asiento frente a su escritorio. Hasta ese entonces aún no me había graduado de licenciado; ingresé en calidad de egresado con el compromiso de graduarme lo antes posible. Debieron transcurrir dos años para que por fin pudiera graduarme en la Universidad de Cuenca. Cuando presenté mi título de Licenciado en Ciencias de la Educación, en la especialidad de Lengua y Literatura, comenzó a cambiar mi situación laboral.

Para entonces, el quichua iba desapareciendo progresivamente de la malla curricular. Me encargaron las asignaturas de Metodología de Estudio, Pedagogía General, Psicología General y, en la carrera de Lengua y Literatura, la materia de Literatura Hispanoamericana. Con el paso del tiempo, cuando dejó de ofertarse definitivamente el quichua, me asignaron otras materias propias de la carrera.

Recuerdo que, en ese entonces, el jefe de la carrera de Lengua y Literatura era el doctor Walter Correa, quien nos convocaba a reuniones periódicas para realizar ajustes y mejorar la oferta académica. Para ese tiempo, el hermano Isidro Escudero había renunciado a su cargo porque tenía que trasladarse a España, de donde ya no regresaría. No se supo bien el motivo de su decisión; solo una mañana, cuando le pregunté si era verdad que se iba de Ecuador, me dijo que sí, pero que no sabía la fecha exacta. Un lunes por la mañana recibimos un correo enviado desde Madrid a través del cual se despedía definitivamente de la UTPL y de Ecuador. Poco tiempo después, llegó un correo que decía que había fallecido a causa de un paro cardíaco. Con ello, perdí a un gran amigo, un verdadero ser humano del cual guardo gratísimos recuerdos.

II parte: De mi trayectoria académica en la UTPL



El ingreso oficial se concretó el veinte de abril de mil novecientos noventa. Cuatro años después, fui nombrado jefe de la carrera de Lengua y Literatura. Ingresé a la UTPL a los veintiocho años; eso significa que a los treinta y dos ya estaba al frente de la carrera. En ese entonces, si no me falla la memoria, éramos veintiún profesores entre docentes a tiempo completo y a medio tiempo; estos últimos eran profesores de colegios de la ciudad.

Mi gestión como jefe de carrera duró más de seis años y terminó cuando se dio una reestructuración de las unidades académicas con las nuevas autoridades que tomaron las riendas de la UTPL. Esto ocurrió con la llegada de los Misioneros Identes, quienes tomaron la posta de la comunidad de los Hermanos Maristas alrededor de mil novecientos noventa y siete.

Con la reestructuración, la UTPL se organizó en departamentos académicos y CITTES (creo que significaba

Centros Interdisciplinarios de Transferencia de Tecnologías para la Educación Superior, espero no estar equivocado). Para entonces ya me había dado a conocer como docente y me invitaron a integrar el CITTE de la Unidad de Virtualización, donde mi rol era realizar un seguimiento para asegurar la calidad de la oferta académica. Aquí conviene relatar una pequeña anécdota.

Antes de la reestructuración, los docentes no manejábamos ni teníamos computadoras. Con la llegada de los Identes, se archivaron las máquinas de escribir manuales y se nos asignaron uno o dos computadores por oficina. Se utilizaban para realizar las planificaciones docentes de acuerdo con un horario en el que cada profesor esperaba su turno. Nos capacitaban en Word y Excel; es decir, en el uso de herramientas básicas. Cuando tuve que trabajar en la Unidad de Virtualización, me entregaron una computadora Mac que no sabía ni cómo encender. Lo irónico es que, sin dominar los programas, al poco tiempo (quizá cuatro o seis meses), el “líder” —así se llamaba a quienes dirigían los CITTES— me asignó la gran tarea de capacitar a todos los docentes de la UTPL, Modalidad a Distancia, en el manejo del Entorno Virtual de Aprendizaje (EVA). Para ese propósito se estructuró un manual de manejo; el equipo encargado estaba integrado en su mayoría por técnicos informáticos, mientras que por la parte pedagógica estábamos la doctora Judith Maldonado y yo. Los técnicos confiaban en nuestros conocimientos pedagógicos, mientras que nosotros confiábamos en su pericia técnica para el funcionamiento de la plataforma.

En cumplimiento de ese encargo, tuve la oportunidad de capacitar a cerca de novecientos docentes. Fue la oportunidad para conocer a la mayoría de ellos y que ellos me conocieran a mí. Desde entonces, fui y soy “el Carlitos Vacacela”, como me saludaban todos.

Con el tiempo, la UTPL dio saltos muy significativos. De ser un profesor contratado en mis inicios, pasé a desempeñarme en varios departamentos. Estuve en la Unidad de Virtualización y en la Editorial, con el apoyo del doctor Galo Guerrero Jiménez, a quien tengo un aprecio especial. También me desempeñé brevemente en la Unidad de Relaciones Interinstitucionales y, posteriormente, me asignaron otras responsabilidades.

Durante mi paso por la UTPL, he tenido la suerte de prepararme académicamente. Gracias al apoyo de la universidad, obtuve una beca para estudiar el doctorado en Lengua Española y Literatura que se ofertó en la UTPL en el año 1997, (y que estuvo dirigido por el Dr. Galo Guerrero Jiménez, quien estaba recién llegado a la UTPL luego de una beca de estudios de posgrado en el Instituto de Cooperación Iberoamericano, en la ciudad de Madrid, España); luego, obtuve el título de Magíster en Literatura Infantil y Juvenil. Pero la satisfacción más grande fue cuando, mediante otra beca, pude salir del país y estudiar en la Universidad de La Laguna en las Islas Canarias, España, un doctorado en Estudios Filológicos. Todos mis títulos han sido posibles gracias a la gestión del doctor Guerrero Jiménez y del rector de la universidad.

Esta preparación me abrió puertas para cargos directivos. Desde 2014 hasta 2021, aproximadamente, fui jefe de la Sección de Lenguas Hispánicas y Literatura. En ese lapso, culminé la replanificación de la Maestría en Literatura Infantil y Juvenil (la cual inicialmente fue creada y liderada por el Dr. Galo), de la cual fui director. Luego, ante la necesidad de que la maestría se ubicara dentro del área de Educación, inicié con un equipo de la carrera la planificación y aprobación ante el CES de la nueva Maestría en Educación con mención en Literatura Infantil y Juvenil.

Mi paso por la UTPL ha estado nutrido de grandes experiencias. La universidad evolucionó hasta considerar a todos los profesores como docentes bimodales; es decir, podíamos desempeñarnos tanto en la modalidad presencial como a distancia. Así, trabajé en la modalidad presencial con estudiantes de Medicina, Artes Visuales, Enfermería e Ingeniería Civil, impartiendo asignaturas como Ortografía y Composición o Redacción de Textos Científicos.

En la modalidad presencial, viví algo que jamás olvidaré. Entre el año 2008 y 2010, tuve un estudiante que no asistía regularmente. Si venía una semana, a la siguiente faltaba; no cumplía con sus tareas, no exponía en los trabajos grupales y llegaba tarde a los exámenes. Un día, decidí hablar con él.

Como las clases eran de tres horas seguidas, solíamos hacer un receso. Aquel día les di media hora. Me acerqué al estudiante y le pedí que se quedara. Él aceptó. Le pregunté por su situación: —¿Tienes algún problema? ¿No te gusta la asignatura? ¿Te sucede algo? Él, que había permanecido con la cabeza baja, levantó la mirada con una sonrisa fingida. Suspiró y, tratando de esconder su vergüenza, me dijo: —Carlos, gracias por preocuparse por mí; ninguna persona, ni mis familiares ni ningún profesor, se había interesado por saber qué me sucede. Ahora fui yo quien bajó la mirada, invadido por una mezcla de tristeza y ternura; me imaginé que era uno de mis propios hijos.

—Profe, anoche intenté suicidarme; mire mi brazo —me dijo, mostrándome una venda blanca—. Me corté una vena y, por suerte o desgracia, justo se asomó mi tía. Si no fuera por ella, hoy no estaría aquí. Sus palabras me dejaron sin aliento. —Es la segunda vez que intento huir de este mundo —concluyó.

Con una tos disimulada frené su relato y le pregunté con quién vivía. Su respuesta fue desgarradora: —Vivo con una tía. Casi no conozco a mi mamá; ella se fue a España cuando yo tenía cinco años. No la he olvidado porque me envía fotos, pero nunca ha regresado. Siempre me miente diciendo que va a venir. Me prometió venir cuando terminara la primaria, luego el primer año de colegio, y luego cuando me graduara de bachiller. Yo estaba feliz, pero dos días antes de la graduación me llamó para decirme que no le daban permiso en el trabajo, pero que me había depositado dinero para la fiesta. Carlos, yo no necesito dinero; necesito un abrazo de mi madre. De su papá me contó que también se fue a España tiempo después, pero que se divorciaron y no sabía nada de él.

Los demás estudiantes empezaron a entrar al aula. Le ofrecí mi ayuda para que se pusiera al día y aprobara la asignatura. Me agradeció, me apretó la mano y se retiró porque no se sentía bien. Me prometió que jamás volvería a intentar suicidarse.

Esa fue la última vez que lo vi en clase. Lo esperé cada semana, pregunté por él, pero nadie sabía nada. Me quedé con la incertidumbre. Sin embargo, tres o cuatro años después, mientras caminaba frente a la capilla de la universidad, un joven con mandil blanco se me acercó junto a una chica. —¿Se acuerda de mí? —me dijo sonriendo. Era él. —Mira, él es el profe del que te hablé —le dijo a su acompañante. Me dio un abrazo fuerte: —Gracias profe, sus consejos me sirvieron muchísimo. Me cambié de carrera, ahora estudio Medicina y estoy haciendo mis prácticas. Gracias por sus palabras, lo recordaré siempre.

Fue una satisfacción inmensa saber que una mirada de atención a este alumno pudo cambiar una vida. Ahora, cuando escucho a colegas quejarse de que los alumnos no atienden o faltan, puedo decir con seguridad que un

profesor no está solo para cumplir un currículo, sino para ser un apoyo humano para sus alumnos.

Mi paso por la universidad ha sido una bendición y una oportunidad para forjarme como un verdadero ser humano. Todos tenemos mucho que contar, pero las páginas no soportarían tantas anécdotas.

Este texto fue escrito con la alegría y el fervor que dejan los años con la madurez, el equilibrio, la serenidad y el compartir sano de sus intervinientes que son evidentes en la propuesta escritorial que han elaborado este conjunto de exdocentes utepelinos que, con el candor de su estilo, quedan plasmados en el papel y en la tecnología digital de este libro histórico-literario-ensayístico-testimonial, como el logro fiel de seguir presentes en la sociedad, en la familia y desde la querencia a la institución que nos cobijó a este puñado de docentes que desde sus años juveniles, luego dorados y hoy maduros en grandeza de ideas y de un actuar axiológico, hermenéutico y fenomenológico que no ha desmayado, sino en el descanso y actuar mental de la escritura que desde su cognición más sentida, hemos querido ofrecer a la comunidad universitaria de esta respetable casa de estudios superiores, y a todos los lectores en general que quieran disfrutar de estas tiernas, dulces, nostálgicas y alegres pinceladas de escritura.

Galo Guerrero-Jiménez

ISBN: 978-9907-0-0781-7



9 789907 007817